# El Valle de Roncal en la Guerra de la Independencia

*Los orígenes de la Guerra en Navarra y el "proyecto secreto" (*)*

Se ha cumplido este año el 150 aniversario de **la Guerra** de **la** Independencia. Diversos actos conmemorativos han celebrado la efemérides que ha culminado en el II Congreso Histórico Internacional de la Guerra de la Independencia, en Zaragoza.

Siempre me ha admirado esta extraordinaria vigencia emocional de aquella guerra, la persistencia de su recuerdo a través de décadas y generaciones. Muchas veces he comprobado también la extrañeza de extranjeros —alemanes, austríacos, franceses— ante la celebración anual de la fiesta del Dos de Mayo. Para ellos —vencedores o vencidos en las guerras napoleónicas— aquellas luchas pertenecen a un pasado definitivamente prescrito. Los franceses celebrarán perpetuamente a Napoleón, a su figura, como gloria nacional, de modo parecido a como la humanidad entera lo considera genio universal. Pero el sentido y la motivación de aquellas luchas, su radio de causalidad histórica, están para ellos superados. Ellos opinan que su recuerdo "con carácter nacional" sólo puede servir para avivar periódicamente motivos de rencor internacional que deben estar definitivamente muertos y enterrados. No creo que pueda negarse la sensatez de tal criterio de prescripción histórica, según el cual, al igual que el individuo supera psicológicamente las emociones de rencor con el paso del tiempo, así los recuerdos bélicos se superan también en la memoria colectiva de los pueblos.

Lo que tal vez falle aquí sea la aplicación de este sano criterio al caso de nuestra guerra de Independencia. Y no fallaría, ciertamente, si se tratase únicamente de la peripecia concreta de la invasión napoleónica y de la victoriosa resistencia española. Aún con el carácter de traición que esa invasión tuvo en nuestra patria y con la interminable serie de crueldades de seis años de anarquía y ocupación, la Guerra de la Independencia estaría aquí tan olvidada emocionalmente como en cualquier otro país. Falla la aplicación de ese criterio —lo he pensado muchas veces—, porque en aquella guerra hubo algo más que la invasión imperialista y la resistencia patriótica, y ese algo quizá no haya pasado ni caducado, sino que todavía viva un presente que no ha conocido desenlace.

Hay un eco no extinguido, en el gesto de aquellos españoles que se enfrentaron insensatamente a Napoleón, cuando Napoleón era invencible y cuando lo poseía ya todo en España. A pesar de la frialdad constitucional de la conmemoración, en **torno** al obelisco pagano que los liberales erigieron a la memoria de los héroes, parece sentirse todavía, en la noche serena del Prado madrileño, las trágicas descargas del tres de Mayo y erguirse los brazos

(*) Comunicación del autor al II Congreso Histórico de la Guerra de la Independencia. Zaragoza, 1959.

en cruz de aquellos primeros rebeldes que morían en la soledad y en la incertidumbre, confesando rabiosamente a un Dios y un Rey que parecían haberlos abandonado. Es el mismo grito que penetró en las entrañas de un espíritu enciclopedista —intelectualmente afrancesado— como el de Goya, hasta inspirarle aquel patético antecedente de un impresionismo existencial que constituyen sus visiones de esta guerra.

¿Qué drama de raíz espiritual y nacional se oculta tras aquella desigual resistencia al invasor, para hacer que su eco no se haya extinguido en nuestro presente como se extinguió, tras siglo y medio, el de tantas luchas e invasiones? ¿Qué misteriosa fuerza histórica inspiró en esos años el insensato *no importa,* aquella alucinante consigna con que tantos españoles aceptaron un destino fatal, un desesperado morir matando? Un pueblo bullanguero como el de Madrid, que acude a todos los desfiles y fiestas imaginables, dá al mundo el espectáculo de cerrar unánimemente sus puertas y ventanas ante los extraordinarios desfiles napoleónicos que congregaban a su paso a todas las poblaciones de Europa. Una ciudad como Zaragoza sacrifica, tras mes y medio de horrores, más de la mitad de su población, cincuenta mil hombres y mujeres.

De hecho el gobierno político de los españoles se mantiene en una continuidad perfecta, con sus altibajos y sus procesos de decadencia, desde la más remota Reconquista hasta, precisamente, la guerra de la Independencia. A partir de ella esa continuidad monárquica se disuelve, y un estado permanente de subversión da la tónica de siglo y medio, en que la lucha civil y el alzamiento se alternan con períodos de tranquilidad debidos, en general, a intervenciones militares.

Rara vez son conscientes los pueblos —como los hombres— de las profundas fuerzas que los mueven a las supremas decisiones. Sin embargo, la grandeza o el patetismo de los hechos queda ahí, así como la permanencia de su recuerdo y la sugestión que ejercen, incitando a buscar en la profundidad de sus motivos.

° ° °

El examen de la documentación que sobre la Guerra de la Independencia se conserva en el archivo familiar de nuestra casa de Roncal me ha permitido precisar, relacionar y completar algunos hechos de aquella contienda que, aparte de su posible interés histórico, tienen —a mi parecer— una significación ilustrativa sobre el espíritu y el ambiente que la animaron. Son estos hechos dos, fundamentalmente: el origen y primer desarrollo de la Guerra en Navarra, esto es, la defensa del Valle de Roncal durante la primavera y verano de 1809, y lo que entonces se llamó "el proyecto secreto", es decir, el temerario plan para el rescate de Fernando VII, confinado a la sazón en Valençay, plan que habría de realizarse precisamente por el Valle de Roncal y que tuvo un trágico final en su ejecución. Los historiadores de la Guerra de la Independencia en Navarra (Olóriz, por ejemplo) reducen ésta a las hazañas de la División de Mina, basándose, más o menos, en las memorias de éste. Hubo, sin embargo, una serie de episodios anteriores que enlazan directamente con la rendición de Zaragoza y son origen de dicha Columna de Mina. Se trata de la defensa del Valle de Roncal, cuya cabeza militar fué el General Renovales, héroe hasta ese momento de los Sitios de Zaragoza.

El Valle de Roncal ocupa, como es sabido, el ángulo N-E de Navarra, la

zona pirenaica que confina, en su parte más elevada, con Francia y con Aragón. Pueblo ganadero, de costumbres patriarcales, que goza de antiguos privilegios y de una administración autónoma, conocía todavía a principios del siglo pasado una vida relativamente independiente y aislada, entre Navarra y Aragón. Cuando se produce la invasión napoleónica pervivía todavía en el Valle el eco, y aun el ambiente bélico, de la anterior Guerra de la Convención (1793-94) en la que había participado, todavía, según su propio fuero y costumbre, es decir, formando un cuerpo especial a las órdenes de su Alcalde Mayor que adoptaba en estos casos el título de "Capitán a Guerra". De esta forma, todavía medieval, había operado aquella pequeña milicia de roncaleses defendiendo su propia frontera, entre el cuerpo del ejército de Navarra que mandó el General Caro, y el de Aragón dirigido por el Príncipe de Castelfranco. Y en aquellas campañas pudo preciarse el Valle de ser la única zona de la frontera navarra en la que no pudo entrar el enemigo y de haberla defendido, en algunos momentos, incluso con el concurso de las mujeres roncalesas. Estos servicios, que había relatado la Gaceta de Madrid [1] en forma elogiosa, merecieron la gratitud del rey y la concesión a los roncaleses de dos nuevos cuarteles para su escudo de armas [2].

Había sido Capitán a Guerra y alma de la defensa roncalesa en aquella lucha un hombre notablemente emprendedor y de una gran energía —Don Pedro Vicente Gambra— que era por entonces el más fuerte ganadero del Valle y había sido también el iniciador de las explotaciones forestales en gran escala dentro del Valle, tan difíciles en aquel tiempo por la falta de caminos adecuados. Mantenía tiempos antes este roncalés una estrecha amistad con Pignatelli, el famoso canónigo aragonés que emprendió y llevó a término la construcción del Canal Imperial de Aragón, la primera gran obra hidráulica de nuestra patria, estimada en su época como una obra extraordinaria. Encendido en el mismo entusiasmo por esta empresa, don Pedro Vicente Gambra decidió suministrar a Pignatelli la gran cantidad de madera que para su realización era necesaria, y con este objeto ideó y construyó a sus expensas, a lo largo del río Ezca y de todos sus barrancos afluentes, exclusas o compuertas de madera capaces de producir pequeñas riadas o golpes de agua que permitieran el más fácil transporte de los troncos río abajo.

Cuando estalla la Guerra de la Independencia, Don Pedro Vicente Gambra cuenta ya una edad avanzada para la milicia activa, no obstante lo cual, se ofrece inmediatamente a Palafox para prestarle cuantas informaciones y servicios le fueran convenientes, al mismo tiempo que le recomienda a sus dos hijos Francisco y Sebastián —estudiantes a la sazón en Zaragoza— para posibles oficiales a sus órdenes [3]. Bajo su influencia se organiza entonces una partida de roncaleses que hostiliza a las columnas enemigas y llega a dar un importante golpe de mano sobre la guarnición francesa de Sangüesa.

[1] GAZETA DE MADRID. Núm. 59, de 23 julio 1793; núm. 36, de 25 octubre 1793, y núm. 84 de 21 octubre 1794.

[2] Vid. sobre el Valle de Roncal en esa Guerra:
Archivo Casa de Gambra, en Roncal, Sección de Guerra, Legajos 2 y 3.
ESTORNES, B. *Erronkari (El Valle de Roncal).* Zaragoza, 1927, págs. 50 a 56.
IDOATE, F. *Un Capitán roncalés en la Guerra contra la Convención.* En "El Pensamiento Navarro" de 25 octubre 1953.
Servicio Histórico Militar. *La Guerra de la Convención.* Madrid, 1959, T. III.
IBARRA. *Biografías de ilustres navarros,* Siglo XIX. Pamplona, 1951.

[3] Archivo Casa de Gambra, Roncal. Sec. Correspondencia. Lg. 37.

Mientras tanto tenían lugar los dos sitios de Zaragoza y su extraordinaria defensa, cuyas proporciones de obstinación y dramatismo resultan difíciles de imaginar. Francisco y Sebastián Gambra, los hijos de Don Pedro Vicente, promovidos oficiales por Palafox, luchan, a las órdenes inmediatas del entonces coronel don Mariano Renovales, con el que participan en las desesperadas defensas de las Puertas de Santa Engracia y de Sancho, y en la del castillo de San José.

El que más tarde sería mariscal de campo Don Mariano Renovales fué, sin duda, uno de los héroes más representativos de la Guerra de la Independencia, aunque su memoria haya quedado algo oscurecida para la posteridad. Contribuyó a este olvido su actuación política al término de la guerra que le indispuso tanto con liberales como con realistas, por lo que nadie se sintió interesado en reivindicar su memoria. Natural de las Encartaciones de Vizcaya, era Renovales de un carácter impetuoso y vehemente, valeroso hasta la temeridad, pero no muy reflexivo ni firme en ideas políticas que ni llegó a comprender ni a profesar de un modo consciente. Fué un típico héroe barojiano [4] cuya estrella brilló en los momentos heroicos del peligro común, para oscurecerse después bajo las inciertas rivalidades políticas del período inmediato. Había comenzado su carrera militar en las victoriosas defensas de Buenos Aires contra los ingleses en 1806, pero la gran revelación de su intrepidez fueron los Sitios de Zaragoza, en los que ascendió por méritos de guerra desde comandante hasta brigadier [5].

Después de la capitulación de Zaragoza (21 de febrero de 1809), Renovales sale de la ciudad en una cuerda de presos camino de Francia; con él marchaban los hermanos Francisco y Sebastián Gambra, con quienes le unía ya una estrecha camaradería de armas. Por las mismas fechas de su salida llega a Zaragoza el hermano mayor de éstos, Fermín, enviado desde Roncal por su padre para averiguar la suerte de sus otros hijos. Allí, en aquel dantesco espectáculo de una ciudad convertida en ruinas, una mitad de cuya población ha perecido en la defensa, pudo enterarse Fermín de la partida y dirección de los prisioneros. Allí también contrae la peste que se cebaba en los supervivientes y de ella habría de morir a los pocos días de su regreso a Roncal. Pero, mientras tanto, sale de Zaragoza y da aviso a la partida o guerrilla de roncaleses para que procedan al seguimiento de la columna de presos. Y, a su paso por Caparroso, un audaz golpe de mano de los roncaleses siembra la confusión durante la noche sobre el campamento, y Renovales, con los dos hermanos Gambra y otros oficiales, logra escapar. Conducidos por los pastores roncaleses, se dirigen disfrazados al Valle donde los esperaba un ambiente propicio ya a la insurrección general que solo necesitaba de una cabeza militar y táctica para manifestarse.

Durante los meses de marzo y abril, tanto Renovales, alojado en casa de Don Pedro Vicente Gambra, como los demás oficiales prófugos se reponen

[4] Baroja trazó, con poca justicia, la figura de Renovales en su libro *"Siluetas Románticas"*, Madrid, Calpe, 1934.

[5] Vid. sobre Renovales:
SANJINÉS OSANTE *Ligeras memorias del General Renovales.* Imp. Arola. Bilbao, S/f.
GARCÍA LÓPEZ, María Teresa. *D. Mariano Renovales y su expedición ultramarina.* Tesis doctoral, inédita. Universidad de Madrid, oct. 1956.
Archivo Casa de Gambra, Roncal. Sec. Documentación, Lg. 10.
NAVARRO, Victoriano. *Recuerdos de la Guerra de la Independencia.* En "El Pirineo Aragonés". Jaca. Núms. 3912, 3917, 3919 (1958).

del estado de agotamiento en que se encontraban, y organizan al mismo tiempo el ambiente de insurrección del Valle, reforzando y replegando hacia el mismo la partida volante que hasta entonces operaba. Se entablan a la vez relaciones con los Valles inmediatos, principalmente con el de Ansó, para una acción conjunta.

Consecuencia de esta actuación fué el envío de un destacamento de granaderos cazadores —tropas escogidas— que salió de Pamplona el 15 de mayo para ocupar e intimidar a los Valles de Roncal y Ansó. Mandaba la columna el comandante Puizalís asistido por el capitán Barbier, ayudante de campo de D'Agoult, General Jefe de la plaza de Pamplona [6].

En cuanto Renovales tuvo noticia de ello destacó al Valle de Ansó a dos de sus oficiales —Fermín Ornat y Juan Blas Gastón— para ponerse al frente de los ansotanos dispuestos a la resistencia; y envió a los demás con grupos de paisanos armados a las alturas estratégicas del Valle para observar desde allí los movimientos de la columna enemiga y poder caer sobre ella en momento oportuno. Eran estos oficiales, además de Francisco y Sebastián Gambra, Gregorio Cruchaga (que más tarde sería famoso lugarteniente de Espoz y Mina), José Fermín Conget, Juan Casao, Vicente Soravilla, Alejandro Amigot, Pedro Antonio Barrena y Jenaro Martín.

El primer grupo de enemigos que llegó a su destino fué el mandado por el edecán Barbier, que entró en el Valle de Ansó para no salir de él, ya que el mismo día de su entrada (20 de mayo) fué totalmente aniquilado por los habitantes de Ansó. El grueso del destacamento entró por distintos puntos del Valle de Roncal, comenzando inmediatamente su labor de intimidación de las autoridades —Alcaldes y eclesiásticos— con las habituales amenazas y exhibición de fuérza. Pero es al caer la noche del día 21 cuando llega a conocimiento del comandante Puizalís el trágico fin de la compañía de Barbier, y, al sentirse rodeado de ocultos e implacables enemigos, ordena la precipitada concentración de sus tropas. Durante las siguientes veinticuatro horas sufre la columna las primeras hostilizaciones sobre los grupos aislados, y Puizalís, que no conoce el terreno, no ve otra solución que replegarse en la dirección de Francia tomando alguna altura de la Sierra de Santa Bárbara, desde la que poder ir defendiendo la retaguardia. Pero, al caer la tarde del 22, todavía en las faldas de Santa Bárbara, la atemorizada columna francesa se ve atacada a la bayoneta por enemigos que caen sobre ella por todas partes. Los franceses, que son tropas *d'élite* y saben que no tienen más esperanza que defen-

[6] La versión francesa de este combate en que resultó aniquilado todo un cuerpo de *élite* está recogida en el artículo de M. J. BARADA *Les cohortes de Gardes Nationales mobilisées des* 10 *et* 11 *Divisions Militaires.* En la revista militar "Carnet de la Sabretache" (París) núm. 389, 1937.

La correspondencia original con las autoridades de Roncal se encuentra en el Castillo de Vincennes (Correspondencia de Guerra. Jointe en annexes au depéches du General d' Agoult).

(Debo estos datos a la atención de M. Druéne, coronel y tratadista de historia militar francesa).

Vid. asimismo:

*Parte del General Renovales sobre estas acciones.* En Archivo de la Junta General del Valle de Roncal (Guerra, años 1808-9), y en Archivo Casa de Gambra, Roncal, (Sec. Guerra, Lg. 4).

*Relación remitida al Gobierno Supremo por el General Renovales.* Archivo Histórico Nacional. (Estado, Lg. 33). Y en Archivo Casa de Gambra, Roncal. (Guerra, Lg. 4). Publicado en el Suplemento a la "Gazeta del Gobierno" de 14 y 16 diciembre 1809.

derse o lograr la huida, se baten encarnizadamente hasta bien entrada la noche, en el momento en que el propio Puizalis tiene que rendirse, herido, ante la bayoneta de Gregorio Cruchaga.

Los supervivientes, en número no superior a setenta y ocho, son conducidos a Roncal, y asimismo Puizalis que es asistido de sus graves heridas en casa de D. Pedro Vicente Gambra hasta su restablecimiento. Pero en aquellos difíciles momentos, tras de perpetrar tamaña audacia, resultaba imposible mantener y custodiar en el pueblo a un tan crecido número de prisioneros, por lo que se resolvió enviarlos, cruzando los montes y los valles de Ansó y Hecho hasta encontrar al ejército que por el Alto Aragón operaba a las órdenes del General Blake, a quien se haría entrega de los mismos. La custodia de la caravana fué encomendada a un tal Buruchurri que organizó la escolta y la conducción. Sin embargo, a pocas leguas de Roncal, antes de cruzar el puerto de Ansó, la incierta lejanía de su objetivo y el peligro de que los conducidos se convirtieran en conductores debieron pesar en el ánimo de dicho Buruchurri que decidió "quitarse de cuidados" y deshacerse de los prisioneros de un modo compatible con su casi absoluta carencia de municiones. Según un testimonio los setenta y tres conducidos fueron degollados, y según otro arrojados desde una alta peña por cuyo borde discurre el camino. Todavía una vieja copla en Roncal recuerda aquel macabro desenlace:

Ciento cincuenta franceses
a Val-de-Roncal subieron,
y en las peñas de Yinyari
con sus armas perecieron.

Parece que la mayoría de las víctimas de la columna francesa eran del departamento de Gers. El comandante Belloc, jefe de los Cazadores de Montaña, se lamenta con estas amargas palabras en carta que dirige al Prefecto de dicho departamento dándole cuenta del suceso: *"Je suis reellement nauré de la perte que j'ai fait, car c'est l'élite de tout ce que j'avais". "C'etait l'élite, de mes grenadiers et chasseurs... ce quil y avait de mieux dans la Legión"* [7].

En cuanto al comandante Puizalís, una vez curado de sus heridas, fué conducido —este sí— junto con cinco de sus oficiales hasta los cuarteles de Blake, de donde fué liberado poco tiempo después por sus compatriotas [8]. Refiriéndose a Puizalis dice Belloc en sus comunicaciones al prefecto de Gers: *"C'est le seul duque fai en des novelles et je doute quil y en est eu dautres qui n'ayent pas sucombé a la ferocité de cette troupe effrenée".*

De toda la columna Puizalis solo se salvó una compañía cuyo capitán, un español al servicio de los napoleónicos, llamado Chacón era el que concitaba la mayor hostilidad de los resistentes, y ello fué debido a que no llegó a entrar en los Valles por haber desertado de ella una buena parte de sus hombres. Parece que estos desertores coinciden con cuarenta rusos que se presentaron días después a Renovales ofreciéndose a luchar bajo sus órdenes, y que habrían de batirse en las operaciones siguientes, como veremos, con extraordinario valor, al lado de los roncaleses.

[7] Correspondencia de Cugno de Belloc, Comandante de la Legión, con el Prefecto de Gers. (En "Carnet de la Sabretache", núm. 389, 1937).

[8] *Relación del General Renovales al Gobierno del Reino de Navarra,* cit.
Archivo Casa de Gambra, Roncal. Sec. Guerra, Lg. 4. Sec. Correspondencia, Lg. 30.
Rev. "Carnet de la Sabretache", cit.

Después de esta casi completa aniquilación de la columna de incursión que había destacado el general D'Agoult, el castigo no podía hacerse esperar y cabía temer una operación de exterminio para escarmiento general. No había ya más alternativa que la dispersión de la gente armada dejando el Valle y sus hogares a merced de las incursiones y saqueos del enemigo, o la resistencia hasta el extremo posible. Por una tácita unanimidad la decisión fué preparar la defensa y procurar todas las ayudas posibles por remotas o inciertas que apareciesen en aquellos sombríos días de la guerra.

Renovales con sus oficiales procuró una rápida recogida de todas las armas útiles que pudiera haber en los pueblos cercanos, gestionó un arriesgado transporte de municiones desde los montes de Lérida que les facilitaron las columnas de Blake que allí operaron, trajo armeros de las fábricas de Eibar y Placencia y organizó en Roncal una pequeña armería en febril actividad. En fin, valiéndose de los agentes que D. Pedro Vicente Gambra poseía para la venta de la lana al otro lado de la frontera en los pueblos vascobearneses desde Olorón a Mauleón, logró la adquisición de una partida de armas nuevas que pasaron así desde la propia Francia para alimentar la insurrección española.

El día 15 de junio tiene noticias Renovales de que ha salido una columna de Pamplona y que, desde Lumbier, se encamina a Navascués para caer, sin duda, sobre Roncal. Destaca inmediatamente 400 hombres, una mitad de roncaleses y otra mitad ansotanos, que toman posiciones en el Alto de Iso, sobre la estrecha *foz* o grieta de Arbayún, por cuyo fondo casi inaccesible discurren las aguas del río Salazar. Hacia el mediodía del siguiente entraron en contacto estas guerrillas con las avanzadas enemigas y sostuvieron un fuégo en aquellas laderas hasta las 5 de la tarde, en que la columna francesa inició una retirada que pronto se convirtió en precipitada fuga hacia Pamplona, dejando en ella 43 cadáveres en el camino. Animadas con este éxito las patrullas de Renovales, actuaron durante el mes siguiente en toda la zona comprendida entre Pamplona, Sangüesa y Jaca atacando a numerosos convoyes y ocasionando continuas bajas al invasor. Y llegaron en varias de estas ocasiones, a perseguir a destacamentos enemigos escopeteándolos hasta las mismas puertas de Pamplona que hubieron en una ocasión de cerrarse con gran alboroto y alegría de la ciudad [9].

El 23 de junio lanza Renovales un manifiesto impreso dirigido a los habitantes del Reino de Navarra en el que les dá cuenta de la victoria obtenida por los roncaleses contra la columna Puizalís y les incita a seguir su ejemplo lanzándose a una insurrección general que les haga dignos de la nobleza de sus antepasados. Renovales firma este manifiesto en su Cuartel General de Roncal y se titula en él "General Jefe interino de las montañas de Navarra y Aragón" [10].

Poco después, a final de junio, las autoridades francesas de Pamplona dirigen dos proclamas a los roncaleses en respuesta al manifiesto de Renovales. Es el primero del Duque de Mahón, virrey de Navarra por el rey José, y el segundo del general D'Agoult, Gobernador militar de Pamplona; en ambos se mezcla la amenaza con las promesas para que los Valles desistan en su actitud y evitar así una sangrienta represión y una nueva dispersión de fuérzas. El de

[9] *Relación del General Renovales,* cit. (Archivo Histórico Nacional, Estado, Lg. 33; y Archivo C. Gambra, Roncal, Lg. 4).

[10] Archivo Casa de Gambra, Roncal, Sec. Guerra, Lg. 4.

el Duque de Mahón, dice entre otras cosas: "Elegid, pues, entre repeler con la fuérza a los perturbadores que os quieren conducir al precipicio, y los graves males que de lo contrario os amenazan. Si fijais un momento la consideración sobre vuestros intereses y observáis el manejo de los que os aconsejan la desobediencia, veréis que éstos, las más de las veces fríos espectadores de los males que originan, huyen del peligro cuando éste se presenta. ¿Y en qué época, roncaleses, vendréis a perder el fruto de vuestra conducta anterior? Cuando por vuestro juramento de fidelidad al Rey nuestro Señor don José Napoleón I habéis acreditado vuestro patriotismo y sois ya de los que especialmente merecen su paternal cuidado. Cuando las tropas victoriosas en Aragón y las que pueden entrar de Navarra y de Francia llevarían a vuestros hogares los males de la guerra: Los que os incitan a la rebelión os amedrentan con falsedades, cuyo desengaño está en vuestra mano. Os hablan de Constitución y de conduciros al Norte. Aquí tenéis la Navarra; recorred sus puelos y veréis a los jóvenes viviendo apaciblemente y ocupándose en las labores de su oficio; veréis prisioneros cogidos con las armas en la mano a quienes, lejos de conducir a Francia, se les ha devuelto estas y sirven en compañía con sólo haber prestado juramento de fidelidad al Rey nuestro Señor (...) ¿Y con que fin se hace esto? ¿Por la defensa de la Religión y de la Patria? No: es falso. Nuestro augusto Soberano, que tiene toda la energía y sentimiento de su alta dignidad, sabría defender, igual que los que tenemos el honor de servirle, estas dos sagradas propiedades que en nada peligran.. No os engañéis: esta guerra no tiene otro objeto que el resentimiento de algunos particulares cuyos intereses personales se hallan opuestos a los de la Nación (...). La intención del Señor General D'Agoult y la mía es de proteger y de elevar a los pies del Trono los servicios que hiciereis, si por vuestra sumisión y obediencia a las disposiciones del Gobierno y por vuestra buena armonía con las tropas francesas aliadas de S. M. os haceis dignos de ello; de este modo, cuando las armas de S. M. el Emperador de los franceses, victoriosas ya en Viena y en toda la Italia, acaben de arrojar de España a los enemigos del orden público y disfrute la Patria de los beneficios que pueden prometerse de su sabio y piadoso Soberano, vosotros participareis de estos. Roncaleses: os he hecho ver vuestros verdaderos intereses, y os he convidado con ellos; pero también os prevengo que si vuestra conducta no corresponde a lo que os pido y me prometo, la obligación de mi empleo me pone en el caso de ser vuestro primer fiscal, y que ejerceré este triste deber con toda severidad".

Puede observarse en estos párrafos cómo el afrancesado virrey emplea el arma de separar la causa de los militares refugiados en el Valle de la de los habitantes del mismo halagando la natural tendencia a la tranquilidad de los paisanos. Y cómo los argumentos de la rebelión eran el religioso (defensa de la religión, temor de una Constitución revolucionaria) y el de la represalia enemiga (temor a ser conducidos prisioneros al Norte de Europa).

El General d'Agoult, Gobernador y Jefe de las tropas de Napoleón en el Reino de Navarra, lanza por su parte otro manifiesto a los roncaleses en fecha 27 del mismo mes, que dice lo siguiente: "Navarros españoles, habitantes del Valle de Roncal e inmediatos: Unos aventureros pagados por la Inglaterra y enviados por los facciosos del Reino de España, que bajo la pérfida apariencia de combatir por los individuos de una dinastía que ha abandonado y cedido voluntariamente la corona de España a la Casa reinante del Emperador de los franceses, simulan sin artificio su ambición, sea para adquirir la riqueza

del pueblo, sea para sujetarlo bajo su dependencia sirviéndose de él sin considerar la desgracia en que arrastra a su Patria, extraviando la opinión pública con voces falsas, lo que no pueden cumplir sin el oro de Inglaterra, gobierno que por sus intereses ha arrastrado hacia su perdición a la mayor parte de Europa. Acaba de perder nuevamente la Casa de Austria, y no tardará en quedar bajo la dependencia de Napoleón el Grande; ya está más allá de Viena y persigue a los austríacos en Hungría, a donde el Emperador se dirige para devolver a aquella nación su derecho y su antigua libertad (...). Navarros de los Valles de Roncal e inmediatos, ¿reclamáis vuestros derechos, vuestros privilegios y el respeto hacia vuestras personas y propiedades? Vuestro Rey José Napaleón también lo quiere y sus generales y los de los ejércitos franceses contribuyen a cumplir su intención. ¿La Navarra ha dejado acaso de disfrutarlos aún en medio de la guerra y de los ejércitos franceses? (...) Los prisioneros de guerra llevados a Francia están allí por providencia de sosiego, sin hacer ningún servicio, se les paga, viste y mantiene. Estos facciosos han esparcido también que los franceses querían destruir el Valle de Roncal. Los franceses quieren conservar el país intacto, y, si por desgracia algunos habitantes han contribuido con los malvados a asesinar el destacamento que había ido al Valle de Roncal, como en el resto de la Navarra, como protectores y amigos, el General Gobernador considera a sus habitantes como arrastrados y alucinados por los malhechores, y los perdona; pero su empeño es de ver efectuarse la sumisión del Valle del modo que se indica en esta proclama; entonces será, con el Virrey, el más firme apoyo del Valle y ambos seremos los primeros en manifestar esta sumisión al Soberano. La voluntad del Rey es que cada uno vuelva a su país, que estén bajo la vigilancia de las autoridades y no tomen las armas más que por su orden para su defensa y la del país".

Renovales, que tenía fogoso el genio y fácil la pluma, contesta a ambas autoridades en cartas de las que se hicieron multitud de copias muy divulgadas en aquellos días dentro y fuera de los Valles. Al dirigirse a d'Agoult lo trata, como militar enemigo, con altivez y respeto; en cambio, al Duque de Mahón, como español traidor, se dirige en los términos más despectivos e insultantes. De la carta dirigida a éste son los siguientes párrafos: "Señor Ex-Duque de Mahón: Si usted extraña el tratamiento que le doy, advertirá que soy español y respeto las órdenes de mi soberano. La Junta Suprema Gubernativa de España, a nombre de nuestro augusto Monarca Fernando VII, os ha proscrito y quedais sin título (...). El deseo de vuestro bien me impele a contestaros seriamente sobre el manifiesto que con fecha 22 de los corrientes dirigisteis a los habitantes de Roncal e inmediatos fiados a mi mando. Calumniais altamente a las justicias del Valle cuando decís os han asegurado no haber tenido parte en la agresión hecha a las tropas francesas. Los distinguidos roncaleses y ansotanos, contentos en la economía de su país, fieles a su legítimo Rey, han peleado con toda la energía heredada de sus abuelos; los representantes de la autoridad han sostenido el entusiasmo de los pueblos; yo, sin merecerlo, disfruto el honor de haberlos conducido a la victoria. Mis sentimientos no discrepan de la generosidad roncalesa y ansotana; de consiguiente despreciamos altamente vuestra protección, no menos que vuestras amenazas. El valor y la suerte de las armas decidirán nuestro destino. Perderemos los intereses, el sosiego, la misma vida, por ser fieles al Rey y a la Nación. Si somos fieles ¿qué nos resultará? Usted, ambicioso, ingrato a los favores de la Casa de Borbón, indigno de los timbres de sus abuelos, lunar que eclipsa la luz

de su familia, usted que sacrifica la Religión, el Rey y la Patria, la fama y todo lo sagrado, a su corrupción y egoísmo abominables... ¿Fiarán en la garantía de un hombre vil, traidor, necio y seductor como usted? Despreciamos su manifiesto subversivo y escandaloso; si usted gusta de contestaciones marche al frente de una división francesa citando el lugar y el punto en que el fuego y el acero fijen la suerte: soy español y peleo por un Rey justo aunque oprimido; usted batallará por un Príncipe Todo Poderoso, según la expresión blasfema de Dupont. Si usted aceptara el convite, confío en la piedad de nuestro Dios, en el valor de mis soldados que usted experimentará, como el citado general francés, si Napoleón es el Todopoderoso. Pero es sobrada fatiga escribir tan largamente a un hombre indigno como usted e incapaz de salir al campo, ni aun sostenido de un millón de soldados".

Al General d'Agoult responde en estos términos: "Excmo. Sr. General d'Agoult: Tengo el honor de estar al frente de los bravos roncaleses y ansotanos. Los antiguos guerreros de estos Valles no se avergonzarán de sus actuales habitantes. Si Ocharren, Olast y Ejea de los Caballeros, como Roncesvalles, rubrican el pasado heroísmo de estos montañeses, las alturas de Vizcaya de Santa Bárbara, los desfiladeros de Sigüés y Ansó acreditarán al mundo que los hijos de aquellos antiguos Martes de la Montaña han heredado con la sangre el mismo valor y fidelidad a su patria. El destacamento de tropas francesas dirigido por cuatro puntos para la ocupación de este país sufrió el golpe más afrentoso por estos naturales dirigidos por mí y por mis oficiales subalternos...".

Siguen unas largas consideraciones en las que Renovales pretende demostrar al general francés su conocimiento de las nuevas ideas llamando en auxilio de su posición al propio Código Civil de Napoleón y a la Constitución francesa. Y termina, con estas palabras: "Morir o vencer será el lenguaje de mis tropas y de su jefe; ni el ruido de los grandes mariscales del Imperio, ni el atractivo de títulos e intereses obrarán en mi corazón ni en el de mis soldados. Podrá el Emperador penetrar hasta la Hungría, reunirse con el ejército franco-italiano, podrá aliar en España algunos jefes indignos que le vendan su patria, pero la Austria y la España, auxiliadas por la invencible Gran Bretaña, abundan de soldados fieles y valientes que marchitarán la flor de tantas victorias conseguidas por el oro, seducción y bajeza de Napoleón, más que por la fuerza de las armas. Y si éstas son vencidas, Señor General: entonces moriré lleno de gloria... Solamente los franceses fieles a su opresor nos llaman facciosos: el resto del Universo nos impondrá la digna nota que merecemos. El faccioso es Napoleón, facciosos los ministros que le sirven, facciosos los indignos nacionales que le siguen, porque todos han llevado el mal destructor de la división al seno de todas las naciones europeas... Ellos, en fin, son los facciosos de la Europa. No queremos la protección que prometéis de vuestro Emperador y de su hermano; la integridad del País la conservaremos a nombre de nuestro legítimo rey Fernando VII...".

A pesar de estas terminantes contestaciones de Renovales, los franceses no dudaron del efecto amedrentador que sus manifiestos habrían tenido sobre los habitantes de los Valles en aquellos angustiosos momentos en que se veían solos y sin recursos a merced de un poderoso enemigo. Sólo faltaría dirigir al propio general proposiciones halagüeñas para su porvenir militar, precisamente en las vísperas de un gran ataque combinado, para que éste se redujera a un paseo militar, si no es que se hacía innecesario por una rendición previa

de los insurgentes. Así, muy pocos días antes de conocerse en Roncal los movimientos de tropas desde Zaragoza y Pamplona, recibe Renovales dos cartas personales, una del general d'Agoult y otra de Plique, el Comandante general de la plaza de Zaragoza.

El General Gobernador de Navarra le dice en su misiva, fecha 2 de agosto: "Sostenéis una quimera; vuestras tropas están derrotadas por todas partes; contáis con los ingleses; yo los conozco mejor que vos, y si queréis el bien de vuestro país, seguid el consejo de un soldado antiguo que ha pasado la Revolución siguiendo la causa real, y sigue la presente cuando el solo hombre capaz de sostenerla se ha dejado ver. Los Borbones ya no existen en el trono : el Emperador y su familia los han relevado. Seamos sus fieles amigos y vasallos. Demos la felicidad a nuestra Patria en lugar de contribuir a su ruina por la división interior que la despedaza...".

La contestación de Renovales es terminante, a pesar de encontrarse ante hechos inminentes de inevitable dramatismo, al haber fracasado toda esperanza de recibir refuerzos o de enlazar con las fuerzas de Blake o de Areizaga[10] bis: "Sabed —le dice— que ni todo el oro, ni los empleos más brillantes, ni las promesas ni amenazas inclinarían mi corazón a otro partido que el del legítimo Rey Fernando VIL Mi resolución es de pelear hasta el caso de quedarme sólo en la nación. Si vuestro Emperador ha destronado tan injustamente como sabéis a nuestro augusto soberano, viven vasallos fieles que lo volverán a su trono... Vuestra Excelencia hallaría en mí un hombre dócil a toda relación que no sea nacional: en rozando mi honor y mi deber no escucho más proposiciones...".

La carta de Plique, Comandante General de Zaragoza, llega a Renovales cuando la columna que dirige él personalmente, está ya camino de Roncal y va a unirse con la que, procedente de Pamplona, enviaba el general D'Agoult. Un total de cinco mil hombres de las más seleccionadas tropas de Cazadores de Montaña y Granaderos[11] contra unos cientos de paisanos casi inermes y mal instruidos. Es a Sangüesa, en el camino hacia Roncal, a donde Plique ruega a Renovales que le envíe la respuesta a su carta que es insinuante y tentadora: "...Deseo seros útil —le dice—; vuestra posición me causa pena. Debéis saber en Roncal, como se sabe en Londres y en Madrid, que el formidable ejército austríaco, sobre el que se fundaban las esperanzas, ha sido destruido. Toda la Alemania está en poder del emperador Napoleón. La Rusia, de cuya fidelidad habiáis sospechado, ha manifestado bastantemente por sus declaraciones públicas y por los movimientos de sus tropas, su invariable adhesión a la Francia. Ninguna fuerza, ninguna combinación de acontecimientos, puede ya detener el establecimiento del Rey José. Conocéis las inmensas fuerzas de que dispone el Emperador Napoleón. El mismo golpe que ha arruinado la Austria ha roto entre vosotros todos los resortes de la insurrección: sería un crimen pensar en la prolongación de esta lucha desigual. Vos estáis en un punto que aún resiste, pero que puede fácilmente ser atacado. Tened la gloria y el íntimo sentimiento, General, de haber salvado un país que os debe ser muy caro; las insurrecciones pasan; el frenesí devora y calma; sólo el bien perma-

[10] bis Solo consta que el General Areizaga, Comandante Gral. del Segre y el Cinca, envió a Renovales dos cargas de municiones. (Pasaporte de los portadores fecha 5 Agosto, en Archivo Casa de Gambra. Roncal. Sec. Guerra. Lg. 4).

[11] Sobre el carácter de estas tropas seleccionadas, puede verse el artículo de M. DRUENE *Les Chasseurs des Montagnes.* Rev. "Pyrenees", Pau, núms. 27 y 28. 1956.

nece. S. E. el General en Jefe, a quien he tenido el honor de entretener con vuestros talentos y cualidades, os vería salir del error con verdadero interés: la ocasión es fugaz; lo pasado ya se olvidó; estoy autorizado para deciros que, uniéndoos a un buen rey que no quiere reinar sobre ruinas y cadáveres por una terrible y necesaria ejecución, hallaréis en sus Ejércitos el grado y rango que tenéis en las tropas de la insurrección...".

La esperada respuesta de Renovales es ya una fría aceptación de lo irremediable y constituye un verdadero desafío ante la inminente tragedia. Estas son sus últimas palabras: "...No dudéis, Señor Comandante, de la próxima ruina y exterminio del Rey José y de sus ejércitos en la España, a no servirles ésta de sepulcro. Sería un imprudente si consolase al Conde Suchet viéndome salir del error en que me considera. Aprecio su interés y el vuestro por mi felicidad, pero ésta no se encuentra en vuestro partido. Los escombros de la España serían para mí habitación más lisonjera que los soberbios palacios de París si me aposentase en ellos con la venta de mi nación. Los generales Suchet, D'Agoult y vos mismo saben el espíritu que me anima y la resolución de batirme hasta el último recurso" [12].

El día 21 de Agosto había salido de Zaragoza la columna de Plique, y el 23 tenía su primer encuentro en el monte de San Juan de la Peña, inmediato a Jaca, donde Renovales tenía un fuerte destacamento de ansotanos y roncaleses que, después de todo un día de resistencia, tiene que abanodar la posición replegándose hacia los Valles, no sin antes hacer 73 prisioneros. Durante los días 25 y 26 la columna francesa se aproxima a los Valles dirigiéndose una de sus alas hacia el de Ansó, y el grueso hacia los desfiladeros o *foces* de Salvatierra de Ezca, que son entrada al Valle de Roncal. Los destacamentos de Renovales defienden hasta donde es posible las alturas laterales de esas foces, dando tiempo para que se organice la resistencia seria en las foces de Burgui, ya en terreno roncalés. Mientras tanto, la columna que se dirigía a Ansó tropieza con la esforzada resistencia de las guarniciones allí apostadas al mando de los oficiales don Blas Gastón y los hermanos Ornat. Los napoleónicos, en número incalculablemente superior, tienen que emplear la técnica del suelo calcinado y que desalojar al fin la Villa de Ansó casa por casa.

Apurada la resistencia previa en Salvatierra, se inicia el 28 la defensa a vida o muerte en las alturas de la Virgen de la Peña (alto pico con una ermita en su cumbre) y de Sasi, que dominan el desfiladero por que discurre el río entre Burgui —primer pueblo roncalés— y Salvatierra. Los roncaleses se pegan a cada mata y disparan sólo a tiro seguro hasta mantenerse en estos puntos durante veinticuatro horas frente a las oleadas de fuerzas incomparables, bien municionadas y tácticamente adiestradas. Al fin, se ven obligados a replegarse dejando al descubierto el pueblo de Burgui en el que entra a sangre y fuego el enemigo saqueándole e incendiándole por completo. Organiza entonces Renovales la resistencia en su segunda línea defensiva que es la foz de Labochuela, a mitad de camino entre Burgui y Roncal, cuyo estrecho paso está dominado por dos especies de mesetas llamadas de Odieta y de Mendibelza. Las caídas de estas alturas hacia el río son abruptos precipicios, pero su cima ofrece campos relativamente amplios y bosques donde poder maniobrar en operaciones envolventes y de sorpresa.

[12] Pueden verse estos manifiestos y correspondencia en el Archivo Histórico Nacional (Estado, Lg. 33). Asimismo en Archivo Casa de Gambra, Roncal (Guerra,, Lg. 4).

La resistencia en este frente llena la sangrienta y desesperada jornada del 29 de agosto, en cuya temeraria obstinación se mezcla la fe religiosa con el furor de quienes prefieren morir a ver la suerte que va a caber a su propia familia y a sus haciendas. La lucha se prolonga en estas escarpaduras hasta convertirse en combate de arma blanca cuando las municiones faltan. El ala derecha de la defensa (monte de Odieta) lo tiene el capitán D. Pedro Francisco Gambra con 200 roncaleses y los 40 rusos desertores del enemigo. La defensa central o del desfiladero corría a cargo de D. Pedro Esteban Villoch, y el ala izquierda (Mendibelza) se confía al capitán D. Diego Calcerrada. Según el parte de Renovales, la defensa del monte Odieta "llegó a encarnizarse en término que a muchos servían sus armas de garrote, y es inexplicable la fidelidad y el valor con que los rusos se batieron". Por la foz de Labochuela se aventuraron a pasar varias unidades del cuerpo de ejército creyendo ya dominadas las alturas, pero ven caer sobre sí aluviones de inmensas piedras allí apiladas como último recurso. Existen unos grabados de la época, cuyo autor es el general francés Bacler D'Albe, que representan estos culminantes y dramáticos momentos del lanzamiento de piedras, y la conquista, cuerpo a cuerpo, de las alturas referidas.

Según el testimonio de Renovales, hubo un momento, al iniciarse el atardecer, en que los defensores creyeron ver síntomas de repliegue y de abandono de la empresa por parte del enemigo, y en medio de esta esperanza cayeron las sombras de la noche y, con ellas, la tregua de la oscuridad. Sin embargo, fué aquella una noche de tristes presagios para unos defensores que hubieran merecido mejor suerte. Todos los vigías que Renovales había apostado en los puertos y valles colindantes coincidieron en parecidas noticias: La columna de Plique que había logrado entrar en Ansó, llegaba ahora al puerto de Garde amenazando por la espalda la línea defensiva roncalesa; al Valle de Salazar había llegado una columna de 800 hombres procedente de la fábrica de Orbaiceta, y se dirigían hacia los puertos de Ustárroz; en fin, de los altos puertos de Isaba se comunicaba que una importante fuerza reunida en Olorón (Francia) venía en auxilio de los atacantes. Parecía claro que el francés no estaba dispuesto a desistir en la empresa o a dejarla para mejor ocasión. Se trataba, más bien, de utilizar los recursos que se requiriesen para acabar con un foco peligroso de insurrección, y quizá de realizar en él un escarmiento ejemplar.

La calma y el silencio en que amaneció el día 30 constituía una tácita invitación a la capitulación que pusiera fin a los horrores de los días precedentes que habían sembrado de cadáveres aquellos empinados riscos. Renovales comisionó entonces al vecino de Roncal, Melchor Ornat para que se dirigiera a cuerpo descubierto al cuartel general de Plique para el triste cometido de estipular una capitulación, siempre que ésta salvase vidas y haciendas de los naturales y permitiese escapar al personal combatiente. Las condiciones fueron prontamente aceptadas por Piique, que se hallaba horrorizado de la mortandad del día anterior. Según palabras de Renovales en su informe, "se arreglaron las instrucciones en términos que quedara con el mayor decoro el Valle y las armas españolas, suspendiendo el uso de las armas de una y otra parte por el término de veinticuatro horas que duró el ajuste de los tratados". Y añade: "Desde que el enemigo entró en España este es el primer ejemplo de que hayan capitulado con Valle alguno, antes al contrario, han llevado siem-

pre contra el insurgente la ira y la venganza; se deja ver en qué disposición se hallarían cuando se avinieron a capitular con paisanos" [13].

M. J. Barada, el tratadista francés que relata estas acciones en la revista de historia militar CARNET DE LA SABRETACHE, termina con estas palabras: "La muerte gloriosa de los bravos Guardias Nacionales (de Puizalís) repercutió dolorosamente en toda Navarra y en todo Aragón, y ocasionó más tarde un terrible castigo para el belicoso Valle. Tres meses después de la derrota de Puizalís, en efecto, el mariscal Suchet destacó de Zaragoza una columna de cuatro mil hombres que invadieron Roncal por la Foz de Salvatierra, mientras que las tropas del general D'Agoult entraban en él por la parte de Navarra. Después de numerosos esfuerzos sostenidos de una y otra parte así como de sangrientos combates, los roncaleses, cogidos entre dos fuegos, vencidos pero no sometidos (no lo fueron nunca completamente) pidieron entrar en capitulación y acabaron por firmar un tratado que los dejó desamparados durante un período y considerablemente empobrecidos" [13] bis.

Según un parte de los propios jefes franceses, la operación les costó 520 muertos y unos 800 heridos, todo ello en la conquista de no más de tres leguas de terreno defendido por unos paisanos. La *Gaceta* francesa de Zaragoza se vió precisada a reconocer, aunque solo fuera para justificar la capitulación escrita: "Se han batido los roncaleses como hubieran podido hacerlo las tropas más disciplinadas y aguerridas...". Y la *Gaceta* de la Junta Suprema escribió más tarde: "Lo acontecido en Roncal es de lo más glorioso que puede imaginarse; el valor y constancia de Renovales y sus oficiales, de lo más bizarro...".

En cumplimiento del insólito pacto los alcaldes y regidores ordinarios de los pueblos se hicieron cargo de la pacificación y gobierno del Valle, y los militares salieron del mismo, con sus armas, antes de que entrara el enemigo. Muchos de estos oficiales formarían, como queda dicho, el germen de la División de Mina; Cruchaga entre ellos, que habría de ser lugarteniente del gran guerrillero. Renovales se dirigió a Vizcaya, su patria natal, donde fué encargado de organizar los batallones del Señorío; y de allí a Cataluña, donde se uniría al ejército de Blake para proseguir las mil peripecias de su extraordinaria vida durante y después de la Guerra. Su hogar quedaba, sin embargo, en la casa de los Gambra, con una de cuyas hijas —doña Josefa— había contraído matrimonio durante los meses de su estancia entre ellos. Pronto lo veremos reaparecer, en relación con los mismos personajes, en el segundo episodio que constituye esta relación.

El único hombre que quedó en la casa que había sido Cuartel General de Renovales fué su dueño D. Pedro Vicente Gambra; con él, su esposa y sus dos hijas, una de ellas recién casada con Renovales. Su hijo mayor, Fermín,

[13] *Relación del General Renovales al Gobierno Supremo,* cit.
*Parte del Brigadier D. M. Renovales al Excmo. Sr. D. Juan Carlos de Aréizaga.* Archivo de la Junta del Valle de Roncal (Guerra, años 1808-9); y en Archivo Casa Gambra, Roncal (Guerra, Lg. 4).
BARADA. *Les Cohortes des Gardes Nationales,* cit., pág. 315.
Sobre el ajuste de los tratados: Manuel URRALEGUI *El Valle de Roncal en la Guerra de la Independencia.* (En "El Pensamiento Navarro" de 31 agosto y 2 de septiembre, 1958).
[13] bis BABADA. Art. cit., pág. 314.

acababa de morir de la peste contraída en Zaragoza; los otros dos, Pedro Francisco y Sebastián, partían con los demás oficiales y soldados hacia frentes desconocidos de una guerra en perpetua improvisación. El mismo D. Pedro Vicente, a pesar de ser el inicial organizador de la partida roncalesa, y de haber sido ascendido por Palafox al grado de Coronel Honorario de los Reales Ejércitos [14], debía permanecer allí tras la capitulación como persona susceptible de ser respetada por su ya avanzada edad y con el ascendiente y la energía necesaria para hacer cumplir, dentro de lo posible, los compromisos al enemigo.

Es interesante la labor callada de D. Pedro Vicente Gambra durante los meses y años siguientes de ocupación enemiga, y va a estar muy relacionada esta difícil actuación con el episodio que va a constituir la segunda parte de esta relación.

Durante las operaciones de la defensa y en **los** días siguientes a la ocupación, ve robados o sacrificados la mayor parte de sus ganados lanares que, al comienzo de la guerra, alcanzaban la cifra de veintidós mil cabezas. Asimismo, son destruidas las maderas que tenía en gran cantidad a lo largo del **río** para su transporte en almadías hacia Zaragoza y Tortosa. Con estas incalculables pérdidas se dibuja ya la ruina de su casa y hacienda que habrían de amargar sus últimos años, al término de la guerra. Sin embargo, tiene que hacer frente a la situación en aquellas dramáticas circunstancias en las que sólo podía esperarse salvar la vida de los suyos y de sus convecinos.

Las mayores dificultades durante los meses siguientes no procedieron precisamente de las tropas napoleónicas de ocupación. Estas tenían bastantes puntos a donde acudir y hubieron de limitarse a dejar pequeños destacamentos volantes y a exigir las contribuciones de guerra impuestas por la capitulación, pero cuidando de no crearse nuevos problemas. El peligro estuvo más bien en **las** partidas de pillaje formadas por malhechores españoles que, tolerados o amparados por los franceses que las utilizaban como contra-guerrillas, recorrían el país cometiendo toda suerte de crímenes y saqueos. Fueron las más famosas las capitaneadas por dos chesos de triste memoria: Jerónimo Rocatallada, espía de los napoleónicos, y Domingo Brun, alias "Chandón", que son los que condujeron a los napoleónicos contra el brigadier Perena que todavía resistía en los Valles centro-aragoneses. Contra estos inevitables productos de un país anarquizado, tenían que defenderse los pueblos por sí mismos y vivir en perpetuo alerta [15].

Durante esta época las autoridades francesas de Pamplona presionaron varias veces sobre D. Pedro Vicente para que aceptase la alcaldía de Roncal y del Valle, a pesar de que su significación en la resistencia les era bien conocida. Se trataba de comprometer en los puestos de gobierno a personas de influencia y hacendadas, cuyos bienes respondieran del mantenimiento del orden. Gambra responde invariablemente disculpándose por motivos de salud y por su avanzada edad [16]. Fn otra ocasión las autoridades militares de Pamplona le reclaman unas cantidades que le fueron enviadas al comandante Pui-

[14] Archivo Casa de Gambra, Roncal. Sec. Documentación, Lg. 7.

[15] *Relación del General Renovales...,* cit.

JORDÁN DE URRIES, J. *Memorias del Marqués de Ayerbe sobre la estancia de D. Fernando VII en Valençay y el principio de la Guerra de la Independencia.* Zaragoza, 1893, pág. 199.

[16] Archivo Casa de Gambra, Roncal. Sec. Correspondencia. Lg. 37.

zalís a Roncal cuando, ya restablecido de sus heridas, había sido conducido al ejército de Blake, y le amenazan con el envío de una compañía de granaderos que se las cobraría por sus propios medios [17]. Por estos detalles puede colegirse lo justificado que estaba el juicio del historiador militar francés M. I. Barada según el cual los roncaleses nunca llegaron a estar completamente sometidos en esta Guerra [17] bis.

Pero su actuación durante este difícil período no fué meramente defensiva. Poseía D. Pedro Gambra en los pueblos franceses limítrofes que median entre Olorón y Mauleón una extensa red de amigos y corresponsales para la venta de la lana, red de agentes a la que ya he aludido con motivo de la compra de armas. Con todos ellos mantenía una relación constante, supuesto que no existía declaración oficial de guerra entre España y Francia y los pastores entraban y salían por los puertos fronterizos. Estos amigos y agentes eran en unos casos españoles residentes en Francia, y en otros franceses, pero unos y otros servidores leales y nada afectos a Napoleón. Y es a través de ellos como pudo organizar un sistema de huida y acceso a España para numerosos prisioneros que escapaban de su cautiverio en Francia y venían a incorporarse a la insurrección española. Así regresaron, valiéndose de esta protección, numerosísimos soldados y oficiales que eran guiados por los altos puertos fronterizos y escondidos en el Valle hasta su internamiento en España. Entre ellos regresaron a España personalidades tales como los Consejeros de Estado don Domingo Fernández de Campomanes, don Wenceslao Argumosa, don Benito Arias de Prada, don Manuel Torres y don Francisco González Estefaní, que sufrían cautiverio en Francia [18].

Pero esta red de socorro y espionaje llegó a tener un objetivo de mucha mayor transcendencia, del que nos cumple tratar seguidamente.

* * *

El episodio histórico a que voy a referirme no es desconocido, puesto que lo relata su protagonista el Marqués de Ayerbe en sus *Memorias,* editadas y completadas más tarde por su descendiente don Juan Jordán de Urríes [19]. Se trata del intento de liberar a Fernando VII de su cautiverio en Valençay mediante una operación tan audaz e inverosímil que, como podía temerse, acabó de un modo trágico. Gómez de Arteche, el historiador de la Guerra de la Independencia, se refiere a este heroico intento, que es todo un símbolo de aquella lucha y de su espíritu, con estas palabras: "Si ocasión podía presentarse que ofreciera, ya que no probabilidades, algún asomo, y nada más, de esperanza de éxito, fué la que vamos a revelar. Un drama horrible, que entraña todos los caracteres del romanticismo más calenturiento, impidió que llegara esa ocasión a aprovecharse; circunstancia que añade al sentimiento de su malogro el de la suerte infausta de sus actores, víctimas de su patriotismo y su acendrada lealtad" [20]. Sin embargo, aunque el intento sea conocido, me

[17] Archivo Casa de Gambra, Roncal. Sec. Correspondencia. Lg. 30.

[17] bis BARADA. Art. cit., pág. 15.

[18] Archivo Casa de Gambra, Roncal. Sec. Documentación. Lg. 9.

[19] JORDÁN DE URRIES. *Memorias del Marqués de Ayerbe sobre la estancia de D. Fernando VII en Valençay y el principio de la Guerra de la Independencia.* Zaragoza, 1893.

[20] GÓMEZ DE ARTECHE, J. *Fernando VII en Valençay. Tentativas encaminadas a procurar su libertad. Madrid,* 1880, pág. 33.

ha sido posible añadir e investigar su conexión con los episodios anteriormente relatados, y reconstruir el plan que se hubiera seguido en su ejecución.

El primer dato para averiguar estas relaciones lo obtuve del Manifiesto que firmó Renovales en Nueva Orleans el año 1819. El mariscal Renovales, una vez terminada la guerra en la que peleó en diversos frentes con cometidos del mayor peligro, residió dos años escasos en Madrid, únicos en que conoció la paz de la vida conyugal, pero a fines de 1815 se exiló a Francia primero y a Inglaterra después, por diferencias con Fernando VII que le creía en relación con Mina el Mozo, y en actividades sediciosas en favor del constitucionalismo liberal. En ese último país entró en relación con un grupo de exilados españoles que organizaban una expedición a Méjico en favor de los insurrectos, con el fin de establecer en aquel país el régimen constitucional que añoraban para España. Renovales se dá cuenta de que, por encima de las diferencias ideológicas se encuentra la lealtad al Monarca y la fidelidad a la Patria; que aquellos hombres eran instrumento inconsciente de la expansión anglosajona en sus objetivos antiespañoles. Se pone entonces en contacto con el Duque de San Carlos, nuestro embajador en Londres, y se ofrece para acaudillar la importante expedición con el fin de hacerla abortar a su llegada a Méjico, previa una estipulación que incluía la amnistía general de los expedicionarios. Realizado el proyecto, publica Renovales a su llegada a Nueva Orleans un emotivo y clarividente manifiesto, por el cual logra que la expedición abandone sus objetivos sediciosos y se declare por el Rey de España. Y es en este manifiesto donde, refiriéndose a la triste situación en que se encontraban en Inglaterra durante su destierro, dice estas palabras: "Víctima de la divergencia de opiniones, cercado de riesgos, y afligido por la segregación del servicio de un monarca en cuya redención me había ocupado tan particularmente que puedo añadir, sobre el heroísmo de toda la nación, la circunstancia singular de haber intentado penetrar en Francia y arrancar a S. M. del cautiverio en que yacía" [21].

D. Pedro Vicente Gambra también se expresa en parecidos términos en las solicitudes que al final de su vida dirige al Rey en demanda de ayuda ante la ruina absoluta a que le habían conducido los desastres de la guerra y de la ocupación. Y entre sus méritos y servicios alude a su colaboración en un plan para librar de su cautiverio al monarca [22].

El protagonista principal de esta poco conocida odisea es don Pedro Jordán de Urríes, Marqués de Ayerbe y de Lierta, de la nobleza aragonesa. Fué Ayerbe desde su primera juventud persona de la intimidad de Fernando VII, cuando era éste Príncipe de Asturias. Intervino en la conspiración fernandista para deponer a Godoy y descubierta ésta, se vió comprometido, junto al Duque del Infantado, el de San Carlos y Escoiquizo, en el proceso del Escorial. Cuando poco después, con los franceses ya en España, el motín popular de Aranjuez precipita la caída de Godoy y la proclamación de Fernando VII, Ayerbe ocupa uno de los primeros puestos en la Corte del nuevo monarca.

En los momentos en que Fernando VII, juzgando todavía por aliados a los napoleónicos, sale hacia Bayona para recibir al Emperador, Ayerbe le

[21] Archivo Casa de Gambra, Roncal (Sec. Documentación, Lg. 10). Reproducido en SANJINÉS OSANTE *Ligeras memorias del General Renovales,* cit.

[22] Archivo Casa de Gambra (Sec. Documentación, Lg. 9).

acompaña, y permanecerá ya en su séquito como su Mayordomo Mayor durante gran parte de su cautiverio en Valençay. Todo este oscuro período de la corte se relata en las *Memorias* del Marqués de Ayerbe de una forma muy veraz y objetiva, no exenta de sentido del humor; ellas revelan a su autor como un espíritu profundamente concreto y socarrón que ve las cosas que describe —su cautiverio, la situación de España más tarde— tal como son, sin la menor exaltación ni designio teórico; y junto a esto, extrañamente hermanado, un espíritu de exaltada lealtad monárquica que le va a llevar a la descabellada empresa que le costó la vida.

"Salí de Vitoria —dice— con repugnancia, fundada, no sólo en el odio con que de algunos años acá miraba a los franceses, sino con el pensamiento de los riesgos que amagaban al Rey poniéndose en manos de un Emperador cuyo carácter ambicioso daba sobrado motivo de desconfianza. Pero el Conde de Orgaz me hizo ver que los mismos peligros a que el Rey se exponía nos ligaban más estrechamente a su persona, y que nuestro honor exigía perecer, si necesario fuere, antes de abandonarle. Esta consideración nos decidió a todos a pasar el Bidasoa y entrar en Bayona a presenciar los desagradables sucesos tan notorios ya, como llorados en toda la nación. Mi dictamen fué que S. M. no debía ni podía hacer la renuncia de su corona, que las leyes no le autorizaban para disponer de ella de modo alguno, y menos para acceder al desigual y ridículo cambio del reino de España por el de Etruria" [23].

Nuestro Marqués justifica el que las renuncias llegaran a hacerse por la presencia en Bayona de los reyes padres que presionaron sobre el ánimo del joven rey en términos que, según él, no hubieran conseguido las secas amenazas del emperador. Aquel —dice—, "acostumbrado a obedecer a sus padres con la sumisión de hijo y de vasallo, no pudo resistir a la idea de que, desconociendo entonces su autoridad por una obstinada repugnancia, hubiese un sólo español en quien pudiera suscitarse la idea de que la acusación de El Escorial tendría algún fundamento. Hiriole vivamente aquella calumnia que jamás se apartaba de su memoria (que él hubiera tratado de destronar a su padre); y su excesiva delicadeza no pudo negar por fin a sus padres lo que, a pesar de su poder y sus amenazas, hubiera quizá negado al emperador".

Durante el camino de la regia comitiva hacia el interior de Francia, hubo ya en Burdeos una posibilidad preparada por Ayerbe para que el rey huyese, pero no pudo llevarse a cabo, seguramente por fortuna, ya que en aquellos momentos de desconcierto y violencia hubiera podido tener fatales consecuencias. A partir de su instalación en Valençay, la vida de la corte es la de unos prisioneros que viven solo de la esperanza y de las noticias de la insurrección española. Allí se prolonga la situación durante casi un año hasta que, a fines de marzo de 1809, un decreto de Fouché dispone el regreso a España de la mayor parte de los que constituían el servicio de S. M. Ya no interesaba, por lo visto, mantener la farsa de la renuncia ni de la corte. Ayerbe se ve entonces obligado a separarse del que era para él, más que rey, un amigo de la infancia, y regresa a España haciendo su entrada por Pamplona, plaza fuerte ocupada por los napoleónicos. Pero trae consigo un audaz plan para liberar a su monarca y amigo, plan que ha preparado largamente y que cree viable y decisivo para la victoria final.

Su estancia en Pamplona coincide con la defensa de Roncal por Renovales

[23] JORDÁN DE URRIES. Obr. cit., pág. 3.

y los suyos, y vive en la ciudad el comentario y la esperanza de este primer foco de rebelión en Navarra. Gómez de Arteche supone, al historiar este episodio, que Ayerbe se fugó de Pamplona hacia Roncal donde trabaría su primera relación con Renovales [24]. Esto no es exacto: Ayerbe declaró simplemente que se dirigía a Madrid y, después de mil peripecias, logró desviar su camino y, vestido de calesero, llegar hasta Sevilla, donde le esperaba su familia y donde pensaba proponer su proyecto secreto a la Junta Central [25].

En la mente del Marqués de Ayerbe, como en la de todos los españoles que sostenían aquella difícil e incierta guerra, la liberación de Fernando VII era imagen del ideal soñado, el orden restaurado y la esperanza de un mando único que acabase con la incoordinación y el desgobierno que eran generales. Ayerbe expresaba ese anhelo con estas palabras: "La nueva revolución del Norte nos da la esperanza de mejor suerte; la venida del rey nos lo asegura. Sólo resta que el rey, teniendo las muchas fuerzas y recursos que todavía quedan en nuestro reino, secundando las intenciones y deseos de sus vasallos, presentándose el primero en los ejércitos sin ostentación perjudicial, sin dar oído a adulaciones y pensando únicamente por ahora en la guerra, arroje lo primero a los enemigos y ponga una barrera insuperable en los Pirineos..." [26]. Recordemos la epístola heroica de Fernando VII, de Filobasilio, escrita en aquellos días:

¿Y sufriréis, valientes españoles,
Podrá vuestro tiernísimo cariño
Consentir que su Príncipe Fernando,
Su muy amado Fernando, esté cautivo?
No; ya creo escuchar: ea, corramos;
Volemos todos para darle auxilio,
Y de la esclavitud libertarle,
Puesto que por vosotros la ha sufrido...

Sin embargo, pronto pudo darse cuenta el Marqués de que los únicos que no compartían tales anhelos eran los miembros de la Junta Central. Sus Memorias al llegar aquí, adoptan un tono crítico con el mismo desenfado y sinceridad con que ha contado sus impresiones hasta este momento. Ha pasado de escuchar en Pamplona los éxitos de Renovales en una desesperada situación, a vivir en Sevilla el ambiente de la Junta Central, y de este contraste surge su comentario amargo: "El brigadier D. Mariano Renovales, prófugo de Zaragoza, había movido la insurrección en el Valle de Roncal, había destrozado a los franceses pasando a cuchillo cuatrocientos cincuenta que le atacaban, y flanquearía toda la Navarra como le asegurasen las espaldas; pero, cuando llegado a Sevilla, comencé a informarme del estado político del Gobierno, no lo hallé tan favorable. En el Cuartel General de Aragón, en el de la Mancha y en Valencia, donde fué furor el entusiasmo que encontré por el rey, ya comencé a oir quejas de la Central, y la expresión amarga de que ésta solo pensaba en su conservación, y no en la restauración de la Patria; y los acontecimientos posteriores me han acreditado que no me engañaba" [27].

[24] GÓMEZ DE ARTECHE. Obr. cit, pág. 35.
[25] Certificado de D. Mariano Renovales con motivo de las diligencias practicadas sobre la muerte del Marqués de Ayerbe. En JORDÁN DE URRIES, Obr. cit., pág. 261.
[26] JORDÁN DE URRIES. Obr. cit., pág. 216.
[27] JORDÁN DE URRIES. Obr. cit., pág. 159.

"Pero —añade en otro lugar— ¿cómo ha de pensar en la guerra la Junta Central cuando tanto ocupan su atención otras materias? Una de ellas es celebrar Cortes para establecer un Gobierno que en los reinados sucesivos eviten los males del anterior. No puede haber proposición más inútil y más antipolítica en las actuales calendas, ni más injuriosa al rey. Pues si aún no tenemos reino, si el enemigo está apoderado de la mitad de él, y en su poder una gran porción de nuestros representantes en Cortes, si tememos, no sin fundamento, que acabe de conquistar lo demás, ¿a qué pensar en el gobierno que hemos de tener cuando lo hayamos reconquistado? ¿No es antes procurar reconquistarlo? Y, ¿cómo podemos obligar a mutaciones a los que, teniendo tanto voto como nosotros para hacerlas, y aún quizá más, pues justamente son las provincias exentas, se hallan imposibitados de darla? ¿Y acaso nuestro gobierno necesita de reformas? Todo el mundo sabe que lo que necesita España es la exacta observancia de sus leyes; pero concedamos que necesite alguna traba el poder arbitrario: ¿no es la misma proposición que ha hecho Bonaparte? ¿No es esta la causa que ha dado para quitar del trono a la dinastía legítima? ¿No es, pues, decir que ha tenido algún fundamento para la guerra, y que algo se puede esperar de sus promesas? ¿Puede haber cosa más impolítica? Pero desengañémonos, la guerra de Austria hizo consentir en la victoria a la Junta Central, y nunca ha pensado poder volver al rey al trono; así todos sus pasos han ido a la democracia... En su modo de producirse sigue los mismos trámites que las asambleas de París... Y por fin ha salido la convocatoria de Cortes traducida literalmente de la que se hizo para los Estados Generales de Francia, por tanto con sus mismas nulidades, expuesta a absorbernos en los mismos riesgos y peligros, e imposible de verificarse con justicia cuando un tercio de la nación está en poder del enemigo" [28].

"...Pero este modo de pensar de la Junta Central no es general en la nación, pues la mayor parte de ella detesta sus procedimientos, ama a su rey, desea su vuelta y concluir con la Junta, en tales términos que ya se habla sobre la necesidad de una contrarrevolución" [29].

Durante estos meses —abril y mayo— Ayerbe expone sus proyectos al Conde de Contamina, al Duque del Infantado y a D. Martín Garay, solicitando financiación y medios para llevarlo a cabo. En unos encuentra escepticismo y frialdad; en otros, atención pero falta de medios; en la Junta Central, indecisión cuando no desinterés. Viendo cada vez más lejana e imposible la ejecución de un plan que él consideraba urgente y viable, decide Ayerbe trasladarse a Aragón, su patria, para unirse a los ejércitos que por allá operaban y tratar de encontrar en el elemento militar el apoyo que el gobierno le rehusaba. A su paso por Valencia visitó a su viejo tío el Marqués de Cruilles, y, aunque sin objetivo alguno, sólo por descargar su corazón de tanto desaliento, le hizo partícipe de sus proyectos y sus gestiones. El anciano lloró de emoción al escucharle y le instó a que no lo dejase, aconsejándole que lo expusiera al General Blake que operaba en las montañas de Cataluña.

En consecuencia, se dirige a Olot, donde a la sazón se encontraba Blake. La visión que en sus Memorias da de la situación de nuestro ejército en Aragón es la siguiente: Blake, después de la batalla de Alcañiz, reunió fuerzas dispersas e intentó varias veces la reconquista de Zaragoza, pero no se decidió

[28] JORDÁN DE URRIES. Obr. cit., pág. 182.

[29] JORDÁN DE URRIES. Obr. cit., pág. 187.

nunca a dar el golpe final. "Aragón ha quedado desde entonces abandonado... Por la izquierda, el brigadier D. Felipe Perena con su batallón de Huesca y el de Pardos se subió a la montaña después de la batalla de Belchite, y se daba la mano con don Mariano Renovales que ya cuatro veces había batido a los franceses en el Valle de Roncal, pero atacado por siete mil franceses en agosto tuvo que escapar y retirarse a Lérida. Si nuestro ejército hubiera avanzado por esa parte, Renovales con su apoyo se hubiera apoderado de toda la Navarra, pero nadie le socorrió ni aún pecuniariamente. Se han puesto además en la Gaceta las acciones de todo aventurero y jamás se han referido a las muchas de Aragón, ni aún a las de Renovales con haber sido tan brillantes. Pero esta parte de España está muy lejos de Sevilla, y así a la Junta le importan poco sus pérdidas, su abandono y sus desavenencias; así es que nunca ponen remedio, y miran con la mayor frialdad nuestros descalabros" [30].

Blake escuchó el proyecto de labios del Marqués de Ayerbe. El plan era lo que llamaríamos hoy un *golpe de comandos,* que habría de realizarse por sorpresa, con rapidez extrema y contando con una red de preparativos, de cuya puntualidad dependía el éxito de la empresa. Se trataba de hacer llegar a Valençay a unos comisionados con oro suficiente para comprar caballos y guías, y que, después de dar el golpe de mano en el castillo, ya concertado con el rey y su servidumbre, condujesen a aquél a galope a lo largo del Valle del Loira hasta Nantes, que es el puerto más cercano. Allí esperaría un barco comprado en aquel puerto o enviado desde España que llevaría a S. M. hasta algún puerto del Cantábrico donde haría su desembarco [31].

El General Blake opuso como dificultad para el buen éxito del plan que no bastaba con llegar hasta el lugar de los hechos con oro para comprar hombres y medios, ni con el solo plan para la fuga del castillo: era preciso que caballos, guías y barco estuvieran comprometidos de antemano; era preciso tener también dispuesto el paso de la frontera sin llamar la atención de los pueblos fronterizos de uno y otro lado. Cabalmente no era esta la primera tentativa de liberación del monarca, sino que otra anterior fracasó precisamente por no haber previsto este último aspecto. Se trataba de la que emprendió el oficial D. Ventura Malibrán, patrocinada por Palafox, en los días que precedieron al segundo sitio de Zaragoza. La pequeña carabana de tres mulos portando una carga de monedas de oro con que se financiaría aquella expedición fué detenida por los habitantes de Oliana al ver su dirección hacia la frontera; y el esforzado oficial, para librarse de las iras populares ante la sospecha de traición y espolio del país, había tenido que declarar su misión con lo que quedó ésta frustrada [32]. Ayerbe comprendió, sin duda, lo razonable de la previsión del general, y tomó también buena nota de la necesidad del silencio aún en los mayores peligros.

En consecuencia, despachó Blake a nuestro marqués a las órdenes de Aréizaga, que a la sazón mandaba en Lérida, para que le proporcionase relaciones en la montaña con franceses a quienes ganar con dinero y ofertas para que le facilitaran esas necesarias previsiones. "Por fortuna —escribe en sus *Memorias*— en Lérida hice conocimiento con el general don Mariano Renovales; y sabiendo que éste había sacado auxilios de Francia para mantener

[30] JORDÁN DE URRIES. Obr. cit., pág. 200.
[31] JORDÁN DE URRIES. Obr. cit., pág. 225.
[32] GÓMEZ DE ARTECHE. Obr. cit., pág. 17.

la guerra en Roncal, y que, por consiguiente, dejaba allí conocimientos con personas honradas y pudientes, le revelé mi idea y entró en ella gustosísimo, ofreciéndose, no sólo para auxiliarme, sino para acompañarme y no dejarme hasta conseguirlo". A lo que comenta: "Dos clases de personas había encontrado hasta entonces: unas pudientes que les parecía muy bien la cosa manifestando deseos de que se consiguiera, pero que ni se ofrecían a partir conmigo los riesgos y, si se trataba de darme auxilios, parecían pesas de reloj para moverse; y otras que tenían grandes ahíncos para ello y que a todo se ofrecían, pero que no tenían facultades... Entre las primeras ya he nombrado a algunas, entre las segundas no citaré más que a don Francisco Palafox, hombre de un celo sin igual, pero ligado a la Central y que no le creo con el carácter necesario para esta grande empresa; así es que cuando Renovales se me ofreció ví el cielo abierto" [33].

"Inmediatamente —prosigue el Marqués en sus *Memorias*—, por su conducto, escribí a don Andrés Casaña, que se había quedado en Pamplona y a mi despedida me había dado palabra de auxiliarme, y Renovales escribió a su corresponsal (en Roncal) y ambos respondieron secundando nuestros deseos. Yo también escribí a Garay diciéndole lo que había, y pidiendo se me autorizase por la Junta para poder ofrecer empleos, protección y dinero a los que me auxiliasen; tardó más de un mes en contestar, pero al cabo lo hizo muy bien" [34].

"Al fin, vino carta del francés facilitando la cosa y diciendo que la tendría dispuesta. Renovales y yo consultamos y vimos que necesitábamos comprar en San Sebastián un barco con género mercante; bajo pretexto de comerciar, ir a Nantes y desde allí irme yo a Valençay, sacar al rey, tener prevenidos los caballos apostados y traerlo a nuestra embarcación en veinticuatro horas, si podía ser. Para esto, y para gratificaciones, hicimos cuenta de que necesitábamos unos tres millones..." Las últimas palabras que Ayerbe consigna en sus *Memorias* están escritas en momento de desconcierto y depresión, pero revelan un decidido propósito de llevar el plan adelante, al precio y riesgo que fuese: "Susurrábase entonces que Garay había dejado el Ministerio... Sé que el Arzobispo de Toledo ofrecía el dinero, pero se pasaba noviembre y éste no venía; los franceses instaban diciendo que lo tenían todo pronto y corriente; determiné enviar otra vez a Barrau (su secretario), y aún para facilitar la cosa, bajé la petición a dos millones. Estamos a diez de enero y aún no he hecibido contestación; yo estoy buscando el dinero por otros conductos" [35]. Después de escribir estas líneas los acontecimientos se precipitan, hasta su trágico desenlace.

Parece que poco después Renovales y Ayerbe recibieron de la Central un bergantín de guerra —el *Palomo*— con dinero y útiles para la empresa. Parece también que las autoridades francesas de Tarragona se lanzaron sobre el barco en el que tuvieron que embarcar precipitadamente ambos y seguir, en una difícil huida, hasta Sevilla. Que aquí los planes y las influencias habían cambiado cuando llegaron nuestros hombres. Ayerbe encontró frialdad y preterición hacia su plan. Renovales, el encargo de una arriesgada e importante empresa militar que se llamaría "Expedición Cántabra". En ella estaba con-

[33] JORDÁN DE URRIES. Obr. cit., pág. 223.
[34] JORDÁN DE URRIES. Obr. cit., pág. 224.
[35] JORDÁN DE URRIES. Obr. cit., pág. 226.

centrado todo el interés del Gobierno en aquellos días, y Renovales era el jefe que necesitaban. Para dirigirla se le ascendería previamente a Mariscal de Campo (11 de mayo). De acuerdo con el mando inglés, habría de salir de La Coruña en ocho naves con tropas de desembarco capaces de apoderarse de la península de Santoña para, desde esta base, provocar la rebelión de Santander y Asturias [36].

La decepción de Ayerbe hubo de ser inmensa: Renovales, por su parte, no podía rehusar el mando de una operación en la que tantas esperanzas se ponían para una rápida decisión de la guerra, y que tanto se acomodaba a la audacia e intrepidez de su carácter. Sin embargo, Renovales no abandonó por esto al Marqués ni a su proyecto; antes bien, le rogó que le acompañase a Galicia desde donde se abrirían nuevas perspectivas para la realización de su proyecto. Precisamente la "Expedición Cántabra" podría facilitar en su día el desembarco del rey, y constituir éste el colofón glorioso de aquella operación.

Juntos siguen nuestros héroes hasta Coruña. Los meses y el verano los van a pasar en los preparativos de ambos magnos proyectos. Las cosas no se perfilan para Ayerbe como él hubiera deseado, ni parece que pueda esperarse nueva ayuda ni atención por parte de la Junta Central. Llegado determinado momento, Ayerbe recapacita sobre sus posibilidades: conserva algunos caudales que se le facilitaron para la ejecución del proyecto; los franceses, de quienes se solicitó facilitaran las postas y la embarcación, mantienen sus promesas; el rey seguiría esperando al amigo y libertador; Renovales le promete ayuda por mar... Sólo le cabe una posibilidad y es realizarlo por sí mismo sin más apoyo que los que ya posee. Así se cortaría una espera que, a sus ojos, sólo incuba el fracaso, y se iniciaría la acción que, con la ayuda de Dios, brindaría por sí misma la solución de cada coyuntura. Puesto que el viaje de ida no puede hacerse por mar, lo hará por tierra: sólo falta un eslabón, y éste se lo brindará el suegro de Renovales, don Pedro Vicente Gambra, en el Valle de Roncal. Hasta allá será para los franceses un arriero roncalés que va a vender aceite de enebro; para los españoles, comisionado para la requisa militar de caballos; en fin, para los españoles de calidad que le interroguen, un emisario de Renovales para levantar nuevamente en armas a los Valles de Roncal y de Salazar. Una vez pasado el Pirineo por aquellos altos puertos, los amigos y agentes de don Pedro Vicente Gambra le facilitarían nuevos trajes, pasaportes y pretexto hasta Valençay. Renovales le ofrece un compañero de expedición, don José Wanestron, capitán de Infantería riojano que se había entusiasmado con el proyecto del Marqués. También tenía para él un excelente guía hasta Roncal, pero dificultades de última hora impidieron a éste salir con ellos; en cambio, se brindó a acompañarlos hasta Ezcaray, en la Rioja, el cura de esa parroquia don Felipe Barrio, que había de realizar ese viaje. Cabe imaginar el grado de exaltación y de fe que eran necesarios para emprender, con caudales considerables, un viaje de más de mil kilómetros por un país anarquizado, atravesando varias veces las líneas francesas y españolas, para entrar después en la nación enemiga hasta el corazón mismo del ejército que dominaba por entonces el mundo.

A partir de este momento es preciso dejar hablar a los testimonios y

[36] GARCÍA LÓPEZ, M. T. Obr. cit., pág. 28.
DÍAZ y DÍAZ, Benito. *Clamores al Gobierno Español de los sucesos observados en la Expedición Cántabra a las órdenes del Mariscal de Campo D. Mariano Renovales.* La Coruña, 1811.

declaraciones que reconstruyen los hechos con completa precisión. Don José Barrau, secretario del Marqués, declaró lo siguiente en la investigación que, acabada la guerra, se hizo sobre la desaparición del Marqués de Ayerbe: "En 13 del mes de septiembre del año 1810 se separó Su Excelencia del señor Renovales y de mí, marchándose de La Coruña con dirección al Roncal, en compañía de Wanestron, un capitán riojano, y dos criados que éste llevaba para el cuidado de una recua que llevaba cargada por su cuenta. A fin de que fuesen más seguras sus personas se disfrazaron con chupas y calzones de paño pardo, chalecos ordinarios, fajas de estambre, camisas de cáñamo, zapato de vaca y sombreros redondos, cuyas ropas compré de orden de dicho señor mi amo. También les corté el pelo, compré dos mulas, la una de cuatro y la otra de cinco años que costaron cinco mil reales; en dos cintas, y bien colocadas, les cosí mil duros a cada uno en onzas de oro, las que se pusieron debajo de la camisa, además llevaban mil reales en diferentes monedas para el gasto del camino. También llevaban pasaporte del Excmo. Sr. Ministro de Estado D. Eusebio Bardají, otro del general Renovales como capitanes comisionados para la requisición de caballos, y otro de la Junta de Galicia, bajo el nombre de Pedro Aragüés, arrieros roncaleses todos ellos, para que hiciesen el uso que más les conviniese.

"El 12 de octubre del propio año nos hicimos a la vela el señor Renovales y yo; arribamos a Gijón, en donde supimos, por un confidente, que habían pasado las líneas de las tropas francesas sin desgracia ninguna y que iban buenos; ya no tuvimos ninguna noticia por haber estado en la mar más de dos meses, por no haber podido hacer el desembarque en Santoña, hasta que, después de mi naufragio, supe en El Ferrol, por una carta que escribió el padre cura que los acompañó, a don Francisco Sayes diciendo habían sido asesinados por unos soldados en las inmediaciones de Lerín.

"Es cuanto puedo informar sobre el particular en honor de la verdad; advirtiendo que si no fui yo en el mismo instante en que lo supe a enterarme de lo sucedido, fué por estar arrestado en aquella época por el capitán general de Galicia" [37].

D. Felipe Barrio, párroco de Ezcaray, suscribe esta declaración: "Certifico yo el infrascrito Cura Párroco beneficiado de la iglesia parroquial de esta villa de Ezcaray, que el que en esta declaración y pedimento que hace cabeza se dice tío Lorenzo era el Sr. D. Pedro Jordán de Urríes, Marqués de Ayerbe, porque me lo confió el Sr. Mariscal de Campo D. Mariano Renovales, en La Coruña, encargándome que hasta mi casa lo cuidase y acompañase, y que desde ésta procurase dirigirlos hasta su destino por el camino mejor y con personas que conociese de probidad... No tengo duda alguna de que el precitado con el supuesto nombre de tío Lorenzo era el Sr. Marqués de Ayerbe, pues además de habérmelo confiado el mismo señor en diversas ocurrencias de nuestro viaje, y el señor Renovales cuando me encargó de su viaje, su fisonomía conviene con la que todos dicen ser del referido señor; a saber, de una estatura de cinco pies poco más o menos; cara larga y ahoyada de viruela, color bajo, nariz grande y poco torcida, y tomaba bastante rapé... A pocos días de haber salido de esta mi casa se corrió la voz de que habían sido asesinados en el monte de Lerín por dos soldados y que, habiendo tomado algunas medidas para averiguar si era cierto el hecho, hallé que lo era en

[37] Reproducido por JORDÁN DE URRIES. Obr. cit., pág. 299.

D. Pedro Vicente Gambra

(Archivo Casa de Gambra, Roncal)

El Mariscal D. Mariano Renovales

Fotos Archivo de Navarra

Defensa de Zaragoza (Grabado francés de la época).

DIVISION.

PLACE de Pampelune

GARDE NATIONALE des dixième et onzième

D'ÉLITE Divisions militaires.

A Pampelune le 18 fevrier 1810.

N: 275

Le Chef de la Légion

A Monsieur

Gambra

Roncal

Traduccion

Monsieur Lalcalde de Roncal est chargé monsieur, de vous remettre la presente qui n'a autre motif que de vous reclamer les exposées d'or, que je remis d'après votre invitation et la demande que m'en faisoit mons. de Puizalis chef de la 1re cohorte de la legion, à l'exprès que vous envoyassez à Pampelune à l'Etat

El Alcalde de Roncal está, Señor, encargado de entregar à vm. la presente, que no se dirige à otra cosa que à reclamar de vm. las seis onzas de oro que remití en virtud de la invitacion de vm. y de la suplica que me hacia el Sr. Puizalis Gefe de la primera cohorte de la Legion, con el propio que para el efecto envió vm. à Pamplona, al tiempo que el Sr. de Puizalis se hallaba herido en su casa de vm.

Carta que dirige Cugno de Belloc, Jefe de la Guardia Nacional **d'Elite,** a D. Pedro Vicente Gambra can motivo de la curación en casa de éste del Comandante Puizalis, superviviente de su expedición a Roncal.

**(Archivo Casa de Gambra, Roncal)** **Fotos Archivo de Navarra**

# PROCLAMA.

*ILUSTRES, Y NOBLES HAVITANTES DEL REYNO DE NAVARRA.*

Los enemigos de nuestra Patria han violado el sagrado suelo del inmortal Valle de Roncal. Quatrocientos Franceses, ó Vandoleros, se presentaron hostilmente el 24 de Mayo dirigidos por varios puntos á las dos de la mañana, á saquear sus hogares, profanar sus Templos, desarmar los Pueblos, y reducir al Valle á su último exterminio. Con tan pérfido designio (objeto comun de sus conquistas) fueron sorprendidos por todas partes. El orgullo, con que entraron en los Pueblos, el poder irresistible, que fingieron, el rigor, con que querian contenerlos, contando las atrocidades de Zaragoza, la desconfianza, que manifestavan, rodeando todas las Villas, y finalmente la autoridad, con que pidieron lo que no podia pagarse, todo indicava el mal fin de su venida. Entonces levanta, como Moises, sus manos inocentes, é inboca el auxilio del Cielo. Confiado en la justicia de su causa, y en el poder de aquel Dios, que sabe confundir el orgullo de los malos, se resuelve á tomar las armas contra sus Enemigos, queriendo mas morir en batalla, que ser el oprobio de ellos. El feliz suceso correspondió á la esperanza ayudado de Gefes no poco expertos. Se dió principio á la accion el 22 de la sagrada Pasqua de Mayo á las nueve de su mañana, y despues de un fuego el mas furioso, y activo, que duró hasta la siete de la tarde, sin embargo de la situacion favorable del Enemigo, derrotado enteramente, se rindió á la Bayoneta, sin que ninguno escapase del poder de aquellos. Entonces Roncal viendo potrado á su Enemigo, dá gracias al Omnipotente, y redoblando su valor, jura solemnemente en u presencia, sostener esta causa con la última sangre de sus venas. Estos son Nobles Navarros, los sentimientos verdaderos del Valle de Roncal, y estos mismos los motivos de su generosa esolucion. La Religion clama, la Patria gime, el Rey cautivo amargamente llora, y el Valle de Roncal siempre piadoso, noble, y leal oye sus clamores, siente sus gritos, y acompaña al Monarca en su suerte desgraciada, Ha! si todos imitaseis su exemplo::: Venid pues hijos de la Patri, y poneros al abrigo de los Roncaleses. Nobles, y plebeyos, lebantaos en masa, y uniros á estos. Haced, que resuciten las nobles cenizas de vuestros Padres, que en iguales casos derramaron gustosos su sangre por la Patria. ¿No sois vosotros herederos de su nobleza? ¿pues por qué no haveis de seguir el camino de sus glorias? ¿no sois participantes de estos triunfos? Sed pues iguamente de sus trabajos. Corred pues todos, que ya es hora manifesteis vuestro valor, vuestra piedad, y Religion. Ya es tiempo que vea el mundo, que los Navarros son los mismos, que en otro tiempo defendieron la Patria á costa de su sangre. Grandes de la Nacion, Hombres ilustres, que estais colocados en la primera clase de este Reyno acordaos, que sois descendientes de unos Padres, cuyos nombres están escritos por los sábios de la Patria en el Libro de los Héroes. Ellos derramaron su sangre por el Rey, y así adquirieron para vosotros la nobleza, que gozais, y la que no podreis conservar, sino en quanto seais fieles imitadores de sus hechos. La Nobleza es una recompensa de Servicios hechos á la Patria, y un contrato autorizado por el Pueblo, por el qual se obliga el que la goza, á distinguirse de los demás con nobles pensamientos, y heroicas virtudes. Estas obligaciones heredasteis de vuestros Padres, juntamente con los honores, que gozais; y si faltais á ellas estad seguros, que el mas humilde artesano, os tachará á la fa de la Nacion, y no servirán vuestros titulos sino para haceros mas despreciables. Ahora pues ~~esforzados Navarros~~ rebestios de coraje, y seguid el exemplo de los intrépidos Roncaleses, que en todos tiempos han sabido sostener con valentía los sagrados derechos de la Nacion; Id, y sin cobardía avandonad la vida, pues el que muere con gloria deja eternizado su nombre; no falte el valor, y para batiros con denuedo en el lisongero Campo de Marte, abrazad con serenidad de ánimo los peligros, que ofrece una Guerra mas que justa por nuestra parte, y en la que muere gustoso, y se hace inmortal todo verdadero Español.

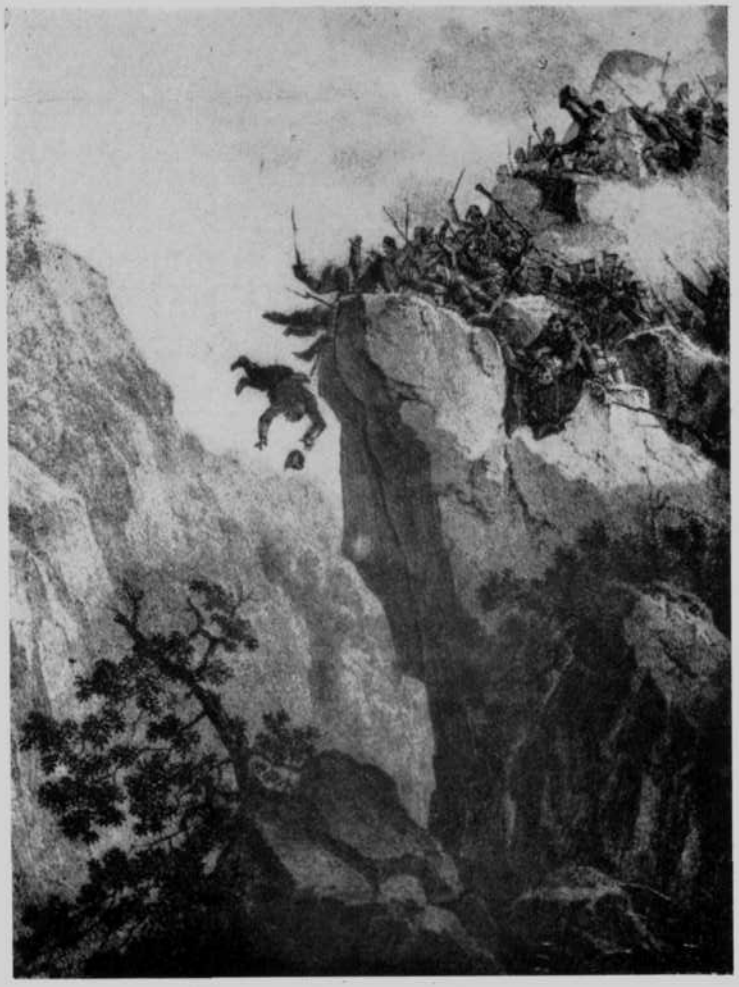
Quartel General de Roncal 23 de Junio de 1809. = **Mariano de Renovales, Brigadier, y Comandante General interino en las Montañas de Navarra, y Aragon.**

Proclama que Renovales y los roncaleses dirigieron a los navarros al iniciarse su alzamiento.

(Archivo Casa de Gambra, Roncal)

Defensa de los montañeses del Valle de Roncal en 1809. (Grabado del General francés Bader d'Albe).

Fotos Archivo de Navarra



Asalto de los franceses a las posiciones roncalesas. (Grabado del General francés Bader d'Albe).

(Archivo Casa de Gambra, Roncal)

Grabado que dedica el Cuerpo de Encartaciones al General Renovales tras la defensa de Roncal.

Fotos Archivo de Navarra

El Marqués de Ayerbe.

Foto Archivo de Navarra

realidad, y que sus cadáveres se sepultaron en la parroquial de Lerín, y que las mulas en que iban las dejó el arriero José Gallo en Sesma en poder de Ramón Morrac, con objeto de que con su importe se les hicieran sufragios. La muerte se verificó en 1.º de octubre de 1810" [38].

El arriero José Gallo que los acompañó desde el pueblo de Azofra, después de separarse en Ezcaray del cura párroco, declara lo que sigue: "...Que en aquel mismo día los acompañó a dichos tío Lorenzo y José hasta la villa de Azofra, donde durmieron aquella noche, y que al día siguiente salieron de ella los tres juntos y fueron a dormir a la villa de Mendavia. Que al otro día, siendo lunes y le parece entrado el mes de octubre, salieron para el viaje *q le* llevaban, sirviéndole siempre de guía y criado pues así lo habían tratado, y lo fué para la Villa de San Martín, que yendo su camino delante, se encontraron con dos soldados armados de a caballo, que no conocían a ninguno de ellos, y que éstos les dijeron que a donde se iba, y les respondieron que a cargar aceite de enebro; que entonces les pidieron los pasaportes, y el tío Lorenzo y el José, cada uno le enseñaron el suyo, uno francés y otro español; que entonces dichos soldados empezaron con interjecciones tratándoles de traidores, que les dieron sus razones, y estando algo sosegados, el declarante, el José y el tío Lorenzo les dijeron si se les ofrecía alguna cosa; que respondieron dichos soldados que no; siguieron su camino, y habiendo andado como un cuarto de hora, vieron cómo dichos soldados, corriendo con sus caballos, volvieron para ellos, y llegando donde estaban, les dijeron *alto ahí;* que entonces el declarante, aquietándolos les dijo que les dijeran si se les ofrecía alguna cosa; que les respondieron *adelante que si no te quito la tapa de los sesos;* que anduvieron un poco y lo pusieron en la esquina de un corral que allí había, y a los dichos tío Lorenzo y José los entraron en dicho corral, sin que él viese lo que hacían; que pasado un rato, todos salieron de él, diciendo los soldados que habían de ir a Calahorra donde estaba su comandante, que les hicieron seguir el camino y en él contaron al declarante que en el corral les habían quitado los dineros de las bolsas; que habiendo andado como una legua los pararon en otro corral de la jurisdicción de Lerín, y donde a todos tres les quitaron todo el dinero que llevaban hasta el que llevaban escondido en los lomillos de sus caballerías, *y* últimamente un reloj, que tratándolos de traidores y enfurecidos atropellaron con sables en mano contra los dichos Lorenzo y José tirándoles a cada uno de ellos una cuchillada de la que cayeron en tierra muertos. Que luego dijeron al declarante qué era de aquellos hombres, y les dijo que era un pobre arriero de Cenicero que andaba ganando su vida para mantener su pobre familia; que con esto se apaciguaron y dejaron la vida al declarante diciéndole que los otros eran traidores; que con esto se volvió en aquel día para la villa de Sesma con las mulas de dichos cadáveres donde contó el pasaje a Ramón Morrac, y que éste le dijo y consoló para que no se afligiese por nada porque en este tiempo acontecían muchos lances como el que le contaba; que acabado de hablar le dijo que cenase, que no pudo hacerlo por lo asustado que se hallaba, que tomó una jicara de chocolate, y que saliendo de aquella villa dijo a dicho Ramón que dejaba aquellas dos muías que eran de los cadáveres que le había contado para que las vendiese y del valor les hiciesen los oficios a que llegasen" [39].

[38] Reproducido por JORDÁN DE URRIES. Obr. cit., pág. 255.

[39] Reproducido por JORDÁN DE URRIES. Obr. cit., pág. 246.

El guía que les destinaba Renovales hasta su llegada a Roncal, y que no pudo salir con ellos, hace esta declaración sobre sus posteriores averiguaciones: "El exponente salió de La Coruña a su comisión sobre unos cuatro días después de haberlo verificado el Marqués con aquella compañía; y deseoso de saber el rumbo y camino que había tomado, pasó por dicho lugar de aquél párroco, halló a éste en su casa, y le informó que dicho señor Marqués había salido ya de aquel pueblo, disfrazado, en compañía de un hombre natural de Cenicero que con sus borricos continuaron su camino; el exponente con el deseo y cuidado que tenía por saber el camino que llevaba el Marqués, siguiendo su camino, se informó de varios alcaldes de aquellos pueblos, y también en todos los pasos que tiene en aquella parte el río Ebro, y no pudo adquirir noticia alguna de paradero de aquel ni del hombre que le iba acompañando. En aquel estado, insistiendo en el mismo deseo de apurar el paradero de aquel y por el mismo encargo particular que le había hecho dicho señor general Renovales, pasó el exponente al Valle de Roncal, a la casa donde positivamente sabía haber hecho mansión el Marqués (la de D. Pedro Vicente Gambra), y le informaron que no se había presentado hasta aquel día ni sabían de su paradero; evacuada que fué dicha mi comisión, y entregada a toda satisfacción del expresado señor general Renovales... A poco tiempo, habiendo pasado a la ciudad de Calahorra, tratando de varias conversaciones con un tal Andrés, que ignoro su apellido, se habló de lo ocurrido con el expresado Marqués, y éste me dijo: Pocos días antes que dices de haber sucedido la desgracia llegaron aquí dos soldados de a caballo y me pidieron cuatro duros, y en los días que citas lo ocurrido volvieron a esta ciudad y me devolvieron los cuatro duros, cambiaron algunas monedas de oro y desaparecieron de esta. Se puede sospechar que sean estos, le dije, callemos y a su tiempo veremos" [40].

Renovales, en fin, expidió en su día el siguiente certificado: "Certifico: que hallándose el Excmo. Señor Marqués de Ayerbe prisionero en Valençay con el Rey Nuestro Señor fué conducido a la ciudad de Pamplona por los franceses en 1809 con el designio de que tomase partido con el rey José y contribuyese por su parte a la pacificación del reino de Aragón de que era natural, desde cuya ciudad se fugó a tiempo que yo me hallaba mandando en el Valle de Roncal, y fué a presentarse a la Junta General que residía en Sevilla en aquella época, y manifestó el plan que tenía para sacar de la prisión a S. M., el que adoptado por dicha Junta, tuvo a bien comisionarlo para que realizase dicho proyecto, y habiéndoseme presentado en Cataluña en 1810 para que le auxiliase, se dieron varios pasos al efecto; pero noticioso de que el gobernador de Tarragona se iba a echar sobre los intereses que conducía del gobierno para la empresa el bergantín de guerra "El Palomo", nos vimos en la precisión de embarcarnos y seguir nuestro viaje a Sevilla, ya para dar cuenta al gobierno, y ya para seguir otro camino, como en efecto se verificó, realizando nuestra salida para La Coruña en junio de 1810 desde donde emprendió su marcha por tierra, llevando en su compañía a un capitán llamado Wanestrón, hacia mediados de septiembre de dicho año, y salió en traje de arriero en compañía de D. Felipe Barrio y Gordoa, cura de Ezcaray, quien me comunicó la desgraciada suerte que les había cabido después de tres meses y medio hallándome yo en la costa de Cantabria, y que habían sido víctimas por el Rey y por la Patria en el reino de Navarra, cerca de Lerín. En este intermedio nau-

[40] Reproducido por JORDÁN DE URRIES. Obr. cit., pág. 267.

fragó el bergantín *Palomo* acosado en un fuerte temporal en el puerto de Vivero, pereció su tripulación y los interesados, documentos y demás que conducía" [41].

Una sencilla lápida conmemoró en aquél perdido corral del monte de Lerín el trágico desenlace del romántico empeño que costó la vida al Marqués de Ayerbe y al capitán Wanestrón. Uno entre mil de los ignorados heroísmos y de las violencias sangrientas que colmaron aquella época, "verdaderamente de hierro" en frase de D. Juan Jordán de Urries, descendiente del Marqués, que publicó sus *Memorias.* Un crimen horrible puso fin a sus vidas, crimen motivado por el robo, pero amparado en la posible sospecha y coartada de la traición de quienes viajaban disfrazados con grandes caudales. Ayerbe hubiera podido revelar su personalidad y objetivo con lo que posiblemente hubiera impuesto respeto y temor a sus asaltantes. Sin embargo, nuestro héroe murió fiel a su designio sin revelar, ni aun en el postrer lance para no frustarlo, la índole del proyecto ni la identidad de su persona y de la comisión que llevaban.

Bajo su descabellada tentativa latía la convicción de que el restablecimiento de un nuevo reinado —el *deseado*— restauraría también la perdida unión entre los españoles, no sólo para ganar la guerra, sino para nuevos días de dignidad y ventura dentro del orden que fundaron nuestros antepasados. "Sólo resta que el Rey —escribía en sus *Memorias*—, secundando las intenciones y deseos de sus vasallos, expulse primero a los enemigos y premie después las fatigas de sus vasallos en las pérdidas que han sufrido, fomente la agricultura, quite traba al comercio haciendo más fácil y no tan oneroso el recaudo de contribuciones, y sobre todo nos dé una constitución que ponga a cubierto a todos los españoles de las maquinaciones de otro Godoy, del que tanto hemos tenido todos que sufrir, y el rey más que ninguno" [42].

El secreto incentivo para tan grandes hechos nos mueve a relacionar, en su espíritu, a éstos tres hombres —el Marqués de Ayerbe, el General Renovales y D. Pedro Vicente Gambra— que los azares de la guerra unieron en empresas comunes, y a los que sobrevino la muerte en condiciones diversas, pero dramáticas todas y consecuencia de la guerra.

Renovales, después de exilarse en Inglaterra y de hacer fracasar una expedición liberal de ayuda a los rebeldes americanos, muere del cólera en la isla de Cuba (1820), encarcelado y víctima de la insidia del Intendente General de la Isla [43]. D. Pedro Vicente Gambra ve aniquilados sus ganados y perdida su hacienda a lo largo de esta guerra, y muere el mismo año de 1820 en la angustia de una ruina inminente, después de esperar inutilmente que Fernando VII respondiera a sus solicitudes de ayuda "a un vasallo que lo había dado todo en el real servicio" [44]. La muerte, más trágica, de Ayerbe, ya nos es conocida. Los tres personajes, el militar profesional, el hidalgo rural, y el grande de España, tenían un mismo esquema mental o ideológico al iniciarse la invasión: el sentimiento religioso y el monárquico estrechamente unidos, como

[41] Reproducido por JORDÁN DE URRIES. Obr. cit., pág. 261.
[42] JORDÁN DE URRIES. Obr. cit., pág. 217.
[43] Archivo Casa de Gambra, Roncal (Sec. Documentación, Lg. 10). GARCÍA LÓPEZ, M. T. Obr. cit., pág. 86.
[44] Archivo Casa de Gambra, Roncal. (Sec. Documentación, Lg. 9).

adscrición y como esperanza de futuro; la desafección a las nuevas ideas revolucionarias francesas, vividas por uno de ellos como influencia disgregadora en la América de su juventud, y por los otros como el enemigo en la pasada Guerra de la Convención; la aversión, en fin, a Godoy, como símbolo del desgobierno y de un estado de postración nacional que ellos estimaban episódico y remediable.

Después de iniciada la guerra, a lo largo de ella, en el momento de su muerte, la posición ideológica de estos tres hombres se ha separado insensiblemente, matizándose en forma diversa, a pesar de vivir un mismo anhelo nacional y de no ser espíritus sometidos a influencias intelectuales. D. Pedro Vicente Gambra, a pesar de verse abandonado por el Rey en los momentos amargos de su ruina y de ver cómo sus hijos se hacen liberales por influencia de Renovales y de los militares, permanece inquebrantable hasta el fin en su lealtad monárquica, reafirmándose en la vejez su monarquismo estricto. Así por ejemplo, en su correspondencia con un industrial de Tortosa (Navas), corresponsal en el negocio de sus maderas, y acreedor suyo en aquellos momentos, se lamentan ambos ancianos de las asolaciones y horrores de la guerra que los ha arruinado a uno y otro, pero señala Gambra como contrapartida consoladora que "al menos, el Rey nos ha librado de las ideas jacobinas que nos estaban entrando" [45]. Cuando dos meses antes de su muerte llega a Roncal la noticia del alzamiento de Riego y la jura de la Constitución por el Rey, la han de entrar sus hijos sigilosamente en la casa "para que padre no se entere".

El Marqués de Ayerbe, por su parte, se refería en el párrafo últimamente citado de sus Memorias a la conveniencia de que el Rey, terminada la guerra, "nos dé una Constitución que ponga a cubierto a todos los españoles de las maquinaciones de un nuevo Godoy...". La estrecha vinculación de este hombre a la persona del Rey y las opiniones que le hemos oído sobre la Junta General y su convocatoria de Cortes excluyen toda idea de una evolución de su pensamiento hacia el constitucionalismo liberal. La palabra Constitución significa en su lenguaje no más que un sistema de garantías jurídicas o una codificación legal completa y permanente del complejo sistema de gobierno de los pueblos españoles. Sin embargo, es ya un espíritu abierto a reformas políticas que no lo espera todo del restablecimiento de lo anteriormente en vigor.

Renovales, en fin, por influencia inconsciente de los militares napoleónicos, por la misma vehemencia de sus reacciones ante la injusticia y la persecución de sus compañeros de armas, se hace liberal y se exila para la conspiración. Sin embargo, tiene todavía tiempo para reaccionar a favor de su Rey cuando se ve enrolado, por influencias ideológicas que nunca llegó a asimilar, en las mismas empresas militares hostiles a su patria contra las que había luchado en la América virreinal de su juventud.

Esta distinta evolución de tres hombres originariamente tan afines en su mente y en su corazón, y tan representativos del español de la época, nos sugiere estas dos consideraciones finales sobre aquella extraordinaria coyuntura histórica que fué la Guerra de la Independencia.

De una parte, las inmensas reservas de patriotismo, de lealtad monárquica y de verdadera unidad espiritual, que todavía poseían los españoles que conocieron la invasión napoleónica. Es decir, el sólido fundamento humano

[45] Archivo Casa de Gambra, Roncal. (Sec. Correspondencia, Lg. 32).

que aún poseía aquella esperanza de un nuevo reinado que restableciese, si no la pasada grandeza, cuando menos la dignidad de la nación como comunidad de voluntades en el interior y como potencia respetada en el exterior.

De otra, la irreparable perturbación que, para nuestra unidad espiritual y para nuestro gobierno y poderío, constituyó aquella invasión y guerra que, tras de un lamentable reinado, acabó de desarticularlo todo: rompió la unidad política y espiritual, sembró discordias que todavía no se han cerrado, acabó virtualmente con una institución monárquica que contaba más de mil años de continuidad, que había hecho nuestra nacionalidad, y cuyo vacío no ha podido llenar ninguna otra adhesión estable en el corazón de los españoles.

RAFAEL GAMBRA